EL CORONEL CHABERT

de Honoré de Balzac



Publicado por Planet PDF. Visita el sitio para descargar ebooks de literatura, libros y novelas.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons AtribuciónNoComercial 3.0 Estados Unidos.

El Coronel Chabert de Honoré de Balzac

El Coronel Chabert

A LA SEÑORA CONDESA IDA DE BOCARMÉ,

DE SOLTERA DU CHASTELER.

—¡Anda! ¡Otra vez nuestro viejo carrick!

Esta exclamación se le escapó a un pasante de ese tipo que en los bufetes llaman saltarroyos, y que en ese momento mordía con muy buen apetito un trozo de pan; arrancó un poco de miga para hacer una bolita que lanzó burlonamente por el ventanillo de una ventana en la que se apoyaba. Bien dirigida, la bolita rebotó casi a la altura de la ventana, tras haber golpeado el sombrero de un desconocido que cruzaba el patio de una casa situada en la calle Vivienne, donde vivía maese Derville, procurador.

—Vamos, Simonnin, no ande haciendo tonterías a la gente, o lo pongo de patitas en la calle. Por pobre que sea un cliente, ¡sigue siendo un hombre, qué diablos! —dijo el primer pasante, interrumpiendo la suma de una minuta de costas.

El saltarroyos es generalmente, como lo era Simonnin, un muchacho de trece a catorce años, que en todos los bufetes se encuentra bajo la dominación especial del pasante principal, a quien ocupa con sus recados y sus esquelas amorosas mientras va a llevar autos a los ujieres y peticiones al Palacio de Justicia. Se asemeja al pillete parisino por sus costumbres, y a la picaresca judicial por su destino. Este niño es casi siempre despiadado, sin freno, indisciplinable, autor de coplillas, socarrón, ávido y perezoso. Sin embargo, casi todos los pequeños pasantes tienen una madre anciana aloja-

da en un quinto piso con la que comparten los treinta o cuarenta francos que les asignan al mes.

—Si es un hombre, ¿por qué lo llama usted viejo carrick? —dijo Simonnin con el aire del escolar que pilla a su maestro en falta.

Y se puso de nuevo a comer su pan y su queso, apoyando el hombro en el marco de la ventana, pues descansaba de pie, como los caballos de calesa, con una pierna levantada y apoyada contra la otra, sobre la punta del zapato.

—¿Qué broma podríamos gastarle a ese chino? —dijo en voz baja el tercer pasante, llamado Godeschal, deteniéndose en medio de un razonamiento que engendraba en una petición que el cuarto pasante escribía en limpio, y cuyas copias hacían dos neófitos venidos de provincias. Luego continuó su improvisación—: … Pero, en su noble y benévola sabiduría, Su Majestad Luis Dieciocho (¡póngalo en letras, eh, señor sabiondo que está escribiendo el protocolo!), en el momento en que retomó las riendas de su reino, comprendió… (¿qué comprendió ese gran farsante?) ¡la alta misión a la que era llamado por la divina Providencia!… (signo de admiración y seis puntos suspensivos: en el Palacio son lo bastante religiosos como para pasárnoslos), y su primer pensamiento fue, como lo prueba la fecha de la ordenanza abajo designada, reparar las desgracias causadas por los terribles y tristes desastres de nuestros tiempos revolucionarios, restituyendo a sus fieles y numerosos servidores (numerosos es una adulación que debe de agradar al tribunal) todos sus bienes no vendidos, ya se encontrasen en el dominio público, ya se encontrasen en el dominio ordinario o extraordinario de la corona, ya, en fin, se encontrasen en las dotaciones de establecimientos públicos, pues somos y pretendemos ser hábiles en sostener que tal es el espíritu y el sentido de la famosa y tan leal ordenanza dictada en… —Esperad —dijo Godeschal a los tres pasantes—, esta maldita frase me ha llenado el final de la página. —Bueno —prosiguió, humedeciendo con la lengua el lomo del cuadernillo para poder pasar la gruesa página de su papel timbrado—, bueno, si queréis gastarle una broma, hay que decirle que el jefe solo puede hablar con sus clientes entre las dos y las tres de la madrugada: ¡ya veremos si viene, el viejo malhechor! —Y Godeschal retomó la frase comenzada—: …dictada en… ¿Estáis listos? —preguntó.

—Sí —gritaron los tres copistas.

Todo marchaba a la vez: la petición, la cháchara y la conspiración.

— Dictada en… ¿Eh? Papá Boucard, ¿cuál es la fecha de la ordenanza? ¡Hay que poner los puntos sobre las íes, pardiez! Eso llena páginas.

—¡Pardiez! —repitió uno de los copistas antes de que Boucard, el pasante principal, hubiera respondido.

—¿Cómo? ¿Ha escrito usted «pardiez»? —exclamó Godeschal, mirando a uno de los recién llegados con un aire a la vez severo y burlón.

—Pues sí —dijo el cuarto pasante, inclinándose sobre la copia de su vecino—, ha escrito: Hay que poner los puntos sobre las íes, y sakerlotte con k.

Todos los pasantes soltaron una gran carcajada.

—¡Cómo, señor Huré! ¿Toma usted «pardiez» por un término de Derecho, y dice que es de Mortagne? —exclamó Simonnin.

—¡Bórrelo bien! —dijo el pasante principal—. Si el juez encargado de tasar el expediente viera cosas semejantes, ¡diría que nos estamos burlando del respetable! Le causaría usted disgustos al jefe. ¡Vamos, no haga más tonterías de esas, señor Huré! Un normando no debe escribir una petición a la ligera. Es el «¡presenten armas!» de la Toga.

— Dictada en… en… —preguntó Godeschal—. Dígame pues, ¿cuándo, Boucard?

—Junio de 1814 —respondió el primer pasante sin dejar su trabajo.

Un golpe en la puerta del bufete interrumpió la frase de la prolija petición. Cinco pasantes de buenos dientes, ojos vivos y burlones, y cabezas de pelo crespo, levantaron la nariz hacia la puerta, tras haber gritado todos con voz de chantre: —Adelante. Boucard permaneció con el rostro sepultado en un montón de actas, llamadas morralla en el argot del Palacio, y continuó redactando la minuta de costas en la que trabajaba.

El bufete era una gran pieza adornada con la clásica estufa que guarnece todos los antros de la picaresca judicial. Los tubos atravesaban diagonalmente la estancia y se unían a una chimenea condenada sobre cuyo mármol se veían diversos trozos de pan, triángulos de queso de Brie, chuletas de cerdo frescas, vasos, botellas y la taza de chocolate del pasante principal. El olor de estos comestibles se amalgamaba tan bien con el hedor de la estufa caldeada sin medida, con el perfume particular de las oficinas y los papeleos, que el tufo de un zorro no se habría notado allí. El suelo ya estaba

cubierto de fango y nieve traídos por los pasantes. Cerca de la ventana se encontraba el escritorio de cilindro del Principal, contra el cual se apoyaba la mesita destinada al segundo pasante. El segundo estaba en ese momento en el Palacio. Podían ser entre las ocho y las nueve de la mañana. El bufete tenía por todo adorno esos grandes carteles amarillos que anuncian embargos inmobiliarios, ventas, divisiones de bienes entre mayores y menores, adjudicaciones definitivas o preparatorias, ¡la gloria de los bufetes! Detrás del pasante principal había un enorme casillero que cubría la pared de arriba abajo, y cada uno de cuyos compartimentos estaba atiborrado de legajos de los que pendían un número infinito de etiquetas y trozos de hilo rojo que dan una fisonomía especial a los expedientes procesales. Las hileras inferiores del casillero estaban llenas de carpetas amarillentas por el uso, ribeteadas de papel azul, y en las que se leían los nombres de los grandes clientes cuyos jugosos asuntos se cocinaban en ese momento. Los sucios cristales de la ventana dejaban pasar poca luz. Además, en el mes de febrero, existen en París muy pocos bufetes donde se pueda escribir sin la ayuda de una lámpara antes de las diez, pues todos son objeto de una negligencia bastante concebible: todo el mundo va allí, nadie se queda, ningún interés personal se vincula a lo que es tan banal; ni el procurador, ni los litigantes, ni los pasantes se preocupan por la elegancia de un lugar que para unos es una clase, para otros un pasaje, para el jefe un laboratorio. El mobiliario mugriento se transmite de procuradores a procuradores con un escrúpulo tan religioso que ciertos bufetes poseen todavía papeleras, moldes para renglones, sacas provenientes de los procuradores del Châtelet, abreviatura de la palabra Châtelet , jurisdicción que representaba en el antiguo orden de cosas el actual Tribunal de Primera Instancia. Este bufete oscuro, grasiento de polvo, tenía pues, como todos los demás, algo de repulsivo para los litigantes, y que lo convertía en una de las más horrendas monstruosidades parisinas. Ciertamente, si las sacristías húmedas donde las oraciones se pesan y se pagan como especias, si las tiendas de las revendedoras donde flotan harapos que marchitan todas las ilusiones de la vida mostrándonos dónde acaban nuestras fiestas, si estos dos muladares de la poesía no existieran, un bufete de procurador sería de todas las tiendas sociales la más horrible. Pero lo mismo ocurre con la casa de juego, el tribunal, la administración de lotería y el lupanar. ¿Por qué? Quizás en esos lugares el drama, al representarse en el alma del hombre, le vuelve indiferentes los accesorios:

lo que explicaría también la simplicidad del gran pensador y de los grandes ambiciosos.

—¿Dónde está mi navaja?

—¡Estoy desayunando!

—¡Vete a freír espárragos, hay una mancha de paté en la petición!

—¡Chist! Señores.

Estas diversas exclamaciones partieron a la vez en el momento en que el viejo litigante cerró la puerta con esa especie de humildad que desnaturaliza los movimientos del hombre desdichado. El desconocido intentó sonreír, pero los músculos de su rostro se relajaron cuando hubo buscado en vano algunos síntomas de amabilidad en los rostros inexorablemente despreocupados de los seis pasantes. Acostumbrado sin duda a juzgar a los hombres, se dirigió muy cortésmente al saltarroyos, esperando que este Patiras le respondiera con dulzura.

—Señor, ¿está visible su jefe?

El malicioso saltarroyos no respondió al pobre hombre más que dándose con los dedos de la mano izquierda pequeños golpes repetidos en la oreja, como para decir: —Soy sordo.

—¿Qué desea, señor? —preguntó Godeschal, quien mientras hacía esta pregunta tragaba un bocado de pan con el que se hubiera podido cargar una pieza de a cuatro, blandía su cuchillo y se cruzaba de piernas poniendo a la altura de su ojo el pie que tenía en el aire.

—Vengo aquí, señor, por quinta vez —respondió el paciente—. Deseo hablar con el señor Derville.

—¿Es por un asunto?

—Sí, pero no puedo explicarlo más que al señor…

—El jefe duerme. Si desea consultarle sobre algunas dificultades, no trabaja seriamente hasta la medianoche. Pero si quisiera contarnos su caso, nosotros podríamos, tan bien como él, …

El desconocido permaneció impasible. Se puso a mirar modestamente a su alrededor, como un perro que, deslizándose en una cocina ajena, teme

recibir golpes. Por gracia de su oficio, los pasantes nunca temen a los ladrones, así que no sospecharon del hombre del carrick y le dejaron observar el local, donde buscaba en vano un asiento para descansar, pues estaba visiblemente cansado. Por sistema, los procuradores dejan pocas sillas en sus bufetes. El cliente vulgar, hastiado de esperar de pie, se va gruñendo, pero no consume un tiempo que, según palabras de un viejo procurador, no se admite en la tasación.

—Señor —respondió—, ya he tenido el honor de advertirle que solo puedo explicar mi asunto al señor Derville, esperaré a que se levante.

Boucard había terminado su suma. Sintió el olor de su chocolate, dejó su sillón de mimbre, se acercó a la chimenea, midió con la vista al anciano, miró el carrick e hizo una mueca indescriptible. Pensó probablemente que, de cualquier manera que se estrujara a ese cliente, sería imposible sacarle un céntimo; intervino entonces con una palabra breve, con la intención de desembarazar el bufete de una mala visita.

—Le dicen la verdad, señor. El jefe solo trabaja de noche. Si su asunto es grave, le aconsejo que vuelva a la una de la madrugada.

El litigante miró al pasante principal con aire estúpido y permaneció inmóvil un momento. Habituados a todos los cambios de fisonomía y a los singulares caprichos producidos por la indecisión o por la ensoñación que caracterizan a la gente procesal, los pasantes continuaron comiendo, haciendo tanto ruido con sus mandíbulas como deben hacer los caballos en el pesebre, y no se preocuparon más del anciano.

—Señor, vendré esta noche —dijo finalmente el viejo, quien, con una tenacidad propia de los desdichados, quería pillar en falta a la humanidad.

El único epigrama permitido a la miseria es obligar a la Justicia y a la Beneficencia a denegaciones injustas. Cuando los desdichados han convencido a la Sociedad de mentira, se arrojan más vivamente en el seno de Dios.

—¿No es ese un cráneo de cuidado? —dijo Simonnin sin esperar a que el anciano hubiera cerrado la puerta.

—Parece un desenterrado —replicó el pasante.

—Es algún coronel que reclama un pago atrasado —dijo el primer pasante.

—No, es un antiguo conserje —dijo Godeschal.

—Aposto a que es noble —exclamó Boucard.

—¡Yo apuesto a que ha sido portero! —replicó Godeschal—. ¡Solo los porteros están dotados por la naturaleza de carricks gastados, grasientos y deshilachados por abajo como el de ese viejo! ¿No habéis visto sus botas ajadas que hacen agua, ni su corbata que le sirve de camisa? Ha dormido bajo los puentes.

—Podría ser noble y haber tirado del cordón —exclamó el cuarto pasante —. ¡Se ha visto!

—No —replicó Boucard en medio de las risas—, sostengo que fue cervecero en 1789 y coronel bajo la República.

—¡Ah! Apuesto una función para todos a que no ha sido soldado —dijo Godeschal.

—Hecho —replicó Boucard.

—¡Señor! ¡Señor! —gritó el pequeño pasante abriendo la ventana.

—¿Qué haces, Simonnin? —preguntó Boucard.

—Lo llamo para preguntarle si es coronel o portero, él debe de saberlo.

Todos los pasantes se echaron a reír. En cuanto al anciano, ya subía de nuevo la escalera.

—¿Qué vamos a decirle? —exclamó Godeschal.

—¡Dejadme a mí! —respondió Boucard.

El pobre hombre entró de nuevo tímidamente, bajando los ojos, quizás para no revelar su hambre mirando con demasiada avidez los comestibles.

—Señor —le dijo Boucard—, ¿tendría la amabilidad de darnos su nombre para que el jefe sepa si…?

—Chabert.

—¿Es el coronel que murió en Eylau? —preguntó Huré, que al no haber dicho nada todavía estaba celoso de añadir una burla a todas las demás.

—El mismo, señor —respondió el buen hombre con una simplicidad antigua. Y se retiró.

—¡Chuit!

—¡Despedido!

—¡Puf!

—¡Oh!

—¡Ah!

—¡Bum!

—¡Ah, el viejo bribón!

—¡Trin, la, la, trin, trin!

—¡Hundido!

—Señor Desroches, irá usted al espectáculo sin pagar —dijo Huré, el cuarto pasante, a un recién llegado, dándole en el hombro una palmada capaz de matar a un rinoceronte.

Fue un torrente de gritos, risas y exclamaciones, para cuya pintura se agotarían todas las onomatopeyas de la lengua.

—¿A qué teatro iremos?

—¡A la Ópera! —exclamó el principal.

—Para empezar —replicó Godeschal—, el teatro no ha sido designado. Puedo, si quiero, llevaros a ver a Madame Saqui.

—Madame Saqui no es un espectáculo —dijo Desroches.

—¿Qué es un espectáculo? —replicó Godeschal—. Establezcamos primero el punto de hecho. ¿Qué he apostado, señores? Un espectáculo. ¿Qué es un espectáculo? Una cosa que se ve…

—Pero con ese sistema —exclamó Simonnin interrumpiendo—, ¿os libraríais llevándonos a ver correr el agua bajo el Pont-Neuf?

—…que se ve por dinero —continuaba Godeschal.

—Pero por dinero se ven muchas cosas que no son un espectáculo. La definición no es exacta —dijo Huré.

—Pero, ¡escuchadme!

—Deliras, querido —dijo Boucard.

—¿Es Curtius un espectáculo? —dijo Godeschal.

—No —respondió el primer pasante—, es un gabinete de figuras.

—Apuesto cien francos contra un céntimo —replicó Godeschal— a que el gabinete de Curtius constituye el conjunto de cosas al que se atribuye el nombre de espectáculo. Implica una cosa que ver a diferentes precios, según los diferentes lugares donde uno quiera situarse.

—Y berlik berlok —dijo Simonnin.

—¡Ten cuidado de que no te abofetee! —dijo Godeschal.

Los pasantes se encogieron de hombros.

—Además, no está probado que ese viejo mono no se haya burlado de nosotros —dijo, cesando su argumentación ahogada por la risa de los otros pasantes—. A conciencia, el coronel Chabert está bien muerto, su mujer se ha vuelto a casar con el conde Ferraud, Consejero de Estado. ¡Madame Ferraud es una de las clientas del bufete!

—La causa se aplaza para mañana —dijo Boucard—. ¡A trabajar, señores! ¡Saco de papel! Aquí no se hace nada. Termine su petición, debe ser notificada antes de la audiencia de la cuarta Sala. El asunto se juzga hoy. ¡Vamos, a caballo!

—Si hubiera sido el coronel Chabert, ¿no le habría calzado la punta del pie en el trasero a ese farsante de Simonnin cuando se hizo el sordo? —dijo Huré, considerando esta observación más concluyente que la de Godeschal.

—Puesto que nada está decidido —replicó Boucard—, acordemos ir a los segundos palcos de los Franceses a ver a Talma en Nerón. Simonnin irá al patio de butacas.

Dicho esto, el primer pasante se sentó en su escritorio, y cada uno lo imitó.

—Dictada en junio de mil ochocientos catorce (en letras) —dijo Godeschal—. ¿Estáis listos?

—Sí —respondieron los dos copistas y el escribiente, cuyas plumas recomenzaron a chirriar sobre el papel timbrado, haciendo en el bufete el rui-

do de cien abejorros encerrados por escolares en cucuruchos de papel.

—Y esperamos que los Señores que componen el tribunal —dijo el improvisador—. ¡Alto! Tengo que releer mi frase, ya no me entiendo ni a mí mismo.

—Cuarenta y seis… ¡Eso debe de pasar a menudo!… y tres cuarenta y nueve —dijo Boucard.

—Esperamos —replicó Godeschal después de haberlo releído todo—, que los Señores que componen el tribunal no serán menos grandes que el augusto autor de la ordenanza, y que harán justicia a las miserables pretensiones de la administración de la gran cancillería de la Legión de Honor, fijando la jurisprudencia en el sentido amplio que establecemos aquí…

—Señor Godeschal, ¿quiere un vaso de agua? —dijo el pequeño pasante.

—¡Este farsante de Simonnin! —dijo Boucard—. Toma, prepara tus caballos de doble suela, coge este paquete y vuela hasta los Inválidos.

—…que establecemos aquí —replicó Godeschal—. Añada: en interés de madame… (en letras) la vizcondesa de Grandlieu…

—¡Cómo! —exclamó el pasante principal—. ¿Se le ocurre hacer peticiones en el asunto Vizcondesa de Grandlieu contra Legión de Honor, un asunto por cuenta del bufete, emprendido a tanto alzado? ¡Ah, es usted un buen memo! ¿Quiere hacerme el favor de dejar a un lado sus copias y su minuta, y guardármelas para el asunto Navarreins contra los Hospicios? Es tarde, voy a redactar un pequeño escrito, con considerandos, y yo mismo iré al Palacio…

Esta escena representa uno de los mil placeres que, más tarde, hacen decir al pensar en la juventud: —¡Aquellos eran los buenos tiempos!

Hacia la una de la madrugada, el presunto coronel Chabert llamó a la puerta de maese Derville, procurador ante el tribunal de Primera Instancia del departamento del Sena. El portero le respondió que el señor Derville no había vuelto. El anciano alegó la cita y subió a casa de este célebre legista, quien, a pesar de su juventud, pasaba por ser una de las cabezas más preclaras del Palacio. Tras haber llamado, el desconfiado solicitante no se asombró poco al ver al primer pasante ocupado en colocar sobre la mesa del comedor de su jefe los numerosos expedientes de los asuntos que al día

siguiente estaban en el orden del día. El pasante, no menos asombrado, saludó al coronel rogándole que se sentara; lo que hizo el litigante.

—A fe mía, señor, creí que bromeaba ayer al indicarme una hora tan temprana para una consulta —dijo el anciano con la falsa alegría de un hombre arruinado que se esfuerza por sonreír.

—Los pasantes bromeaban y decían la verdad al mismo tiempo 1 —replicó el Principal, continuando su trabajo—. El señor Derville ha elegido esta hora para examinar sus causas, resumir los argumentos, ordenar la estrategia y disponer las defensas. Su prodigiosa inteligencia está más libre en este momento, el único en que obtiene el silencio y la tranquilidad necesarios para la concepción de las buenas ideas. Usted es, desde que es procurador, el tercer ejemplo de una consulta dada a esta hora nocturna. Después de entrar, el jefe discutirá cada asunto, lo leerá todo, pasará quizás cuatro o cinco horas en su tarea; luego, me llamará y me explicará sus intenciones. Por la mañana, de diez a dos, escucha a sus clientes, luego emplea el resto del día en sus citas. Por la noche, va a la sociedad para mantener sus relaciones. No tiene, pues, más que la noche para ahondar en sus procesos, registrar los arsenales del Código y hacer sus planes de batalla. No quiere perder ni una sola causa, ama su arte. No se encarga, como sus colegas, de toda clase de asuntos. Esa es su vida, que es singularmente activa. Y así gana mucho dinero.

Al oír esta explicación, el anciano permaneció silencioso, y su extraña figura tomó una expresión tan desprovista de inteligencia, que el pasante, después de haberlo mirado, no se ocupó más de él. Unos instantes después, Derville entró, vestido con traje de baile; su pasante principal le abrió la puerta y volvió a terminar de ordenar los expedientes. El joven procurador se quedó un momento estupefacto al entrever en la penumbra al singular cliente que lo esperaba. El coronel Chabert estaba tan perfectamente inmóvil como puede estarlo una figura de cera de ese gabinete de Curtius a donde Godeschal había querido llevar a sus camaradas. Esta inmovilidad quizás no habría sido motivo de asombro si no hubiera completado el espectáculo sobrenatural que presentaba el conjunto del personaje. El viejo soldado era seco y enjuto. Su frente, voluntariamente oculta bajo los cabellos de su peluca lisa, le daba algo misterioso. Sus ojos parecían cubiertos de una tela transparente: se hubiera dicho nácar sucio cuyos reflejos azulados brillaban a la luz de las velas. El rostro pálido, lívido y afilado como una

navaja, si se me permite tomar prestada esta expresión vulgar, parecía muerto. El cuello estaba ceñido por una mala corbata de seda negra. La sombra ocultaba tan bien el cuerpo a partir de la línea oscura que describía este harapo, que un hombre de imaginación habría podido tomar esta vieja cabeza por alguna silueta debida al azar, o por un retrato de Rembrandt, sin marco. Los bordes del sombrero que cubría la frente del anciano proyectaban un surco negro sobre la parte alta del rostro. Este efecto extraño, aunque natural, hacía resaltar, por la brusquedad del contraste, las arrugas blancas, las sinuosidades frías, el sentimiento descolorido de 2 esta fisonomía cadavérica. En fin, la ausencia de todo movimiento en el cuerpo, de todo calor en la mirada, concordaba con una cierta expresión de demencia triste, con los degradantes síntomas por los que se caracteriza el idiotismo, para hacer de esta figura no sé qué de funesto que ninguna palabra humana podría expresar. Pero un observador, y sobre todo un procurador, habría encontrado además en este hombre fulminado los signos de un dolor profundo, los indicios de una miseria que había degradado este rostro, como las gotas de agua caídas del cielo sobre un bello mármol lo han desfigurado con el tiempo. Un médico, un autor, un magistrado hubieran presentido todo un drama al aspecto de este sublime horror cuyo menor mérito era parecerse a esas fantasías que los pintores se divierten en dibujar al pie de sus piedras litográficas mientras charlan con sus amigos.

Al ver al procurador, el desconocido se estremeció con un movimiento convulsivo semejante al que se escapa a los poetas cuando un ruido inesperado viene a desviarlos de una fecunda ensoñación, en medio del silencio y de la noche. El anciano se descubrió prontamente y se levantó para saludar al joven; el cuero que guarnía el interior de su sombrero estaba sin duda muy graso, su peluca se quedó pegada a él sin que se diera cuenta, y dejó ver al desnudo su cráneo horriblemente mutilado por una cicatriz transversal que partía del occipucio y venía a morir en el ojo derecho, formando por todas partes una gruesa sutura saliente. La súbita retirada de esta peluca sucia, que el pobre hombre llevaba para ocultar su herida, no dio ninguna gana de reír a los dos hombres de ley, tan espantoso de ver era aquel cráneo partido. El primer pensamiento que sugería el aspecto de esta herida era este: —¡Por ahí se ha fugado la inteligencia!

—¡Si no es el coronel Chabert, debe de ser un buen soldado! —pensó Boucard.

—Señor —le dijo Derville—, ¿a quién tengo el honor de hablar?

—Al coronel Chabert.

—¿Cuál?

—El que murió en Eylau —respondió el anciano.

Al oír esta singular frase, el pasante y el procurador se lanzaron una mirada que significaba: —¡Está loco!

—Señor —replicó el coronel—, desearía no confiar más que a usted el secreto de mi situación.

Una cosa digna de mención es la natural intrepidez de los procuradores. Sea la costumbre de recibir a un gran número de personas, sea el profundo sentimiento de la protección que las leyes les conceden, sea la confianza en su ministerio, entran por todas partes sin temer nada, como los sacerdotes y los médicos. Derville hizo una seña a Boucard, que desapareció.

—Señor —prosiguió el procurador—, durante el día no soy demasiado avaro con mi tiempo; pero en medio de la noche, los minutos me son preciosos. Así pues, sea breve y conciso. Vaya al grano sin digresiones. Yo mismo le pediré las aclaraciones que me parezcan necesarias. Hable.

Después de haber hecho sentar a su singular cliente, el joven se sentó él mismo ante la mesa; pero, mientras prestaba atención al discurso del difunto coronel, hojeaba sus expedientes.

—Señor —dijo el difunto—, quizás sepa usted que yo mandaba un regimiento de caballería en Eylau. Tuve mucho que ver en el éxito de la célebre carga que hizo Murat, y que decidió la victoria. Desgraciadamente para mí, mi muerte es un hecho histórico consignado en las Victorias y Conquistas , donde se relata con detalle. Partimos en dos las tres líneas rusas, que, habiéndose reformado de inmediato, nos obligaron a atravesarlas de nuevo en sentido contrario. En el momento en que regresábamos hacia el Emperador, después de haber dispersado a los rusos, me encontré con un nutrido grupo de caballería enemiga. Me precipité sobre aquellos testarudos. Dos oficiales rusos, dos auténticos gigantes, me atacaron a la vez. Uno de ellos me asestó en la cabeza un sablazo que lo partió todo hasta un gorro de seda negra que llevaba en la cabeza, y me abrió profundamente el cráneo. Caí del caballo. Murat vino en mi auxilio, me pasó por encima del

cuerpo, él y toda su gente, ¡mil quinientos hombres, ahí es nada! Mi muerte fue anunciada al Emperador, quien, por prudencia (¡me quería un poco, el jefe!), quiso saber si no habría alguna posibilidad de salvar al hombre al que debía este vigoroso ataque. Envió, para reconocerme y llevarme a las ambulancias, a dos cirujanos diciéndoles, quizás con demasiada negligencia, pues tenía trabajo: —Id a ver si, por casualidad, mi pobre Chabert vive todavía. Esos malditos galenos, que acababan de verme pisoteado por los caballos de dos regimientos, se dispensaron sin duda de tomarme el pulso y dijeron que estaba bien muerto. El acta de mi defunción fue, pues, probablemente redactada según las reglas establecidas por la jurisprudencia militar.

Al oír a su cliente expresarse con una lucidez perfecta y relatar hechos tan verosímiles, aunque extraños, el joven procurador dejó sus expedientes, apoyó el codo izquierdo sobre la mesa, se llevó la cabeza a la mano y miró fijamente al coronel.

—¿Sabe usted, señor —le dijo interrumpiéndole—, que soy el procurador de la condesa Ferraud, viuda del coronel Chabert?

—¡Mi mujer! Sí, señor. Por eso, después de cien gestiones infructuosas ante hombres de ley que me han tomado todos por loco, me he decidido a venir a verle. Le hablaré de mis desgracias más tarde. Permítame primero establecer los hechos, explicarle más bien cómo debieron de pasar, que cómo sucedieron. Ciertas circunstancias, que solo deben ser conocidas por el Padre Eterno, me obligan a presentar varias de ellas como hipótesis. Así pues, señor, las heridas que recibí produjeron probablemente un tétanos, o me pusieron en una crisis análoga a una enfermedad llamada, creo, catalepsia. De otro modo, ¿cómo concebir que fuera, según la costumbre de la guerra, despojado de mis vestiduras y arrojado a la fosa de los soldados por los encargados de enterrar a los muertos? Aquí, permítame añadir un detalle que no pude conocer sino posteriormente al suceso que bien hay que llamar mi muerte. Encontré, en 1814, en Stuttgart, a un antiguo sargento de mi regimiento. Este querido hombre, el único que quiso reconocerme, y de quien le hablaré en seguida, me explicó el fenómeno de mi conservación, diciéndome que mi caballo había recibido un balazo en el flanco en el momento en que yo mismo fui herido. La bestia y el jinete se habían desplomado, pues, como un castillo de naipes. Al caer, ya a la derecha, ya a la izquierda, quedé sin duda cubierto por el cuerpo de mi caballo, que me impidió ser aplastado por los otros caballos, o alcanzado por las balas. Cuando

volví en mí, señor, estaba en una posición y en una atmósfera de las que no le daría una idea ni hablándole de ello hasta mañana. El poco aire que respiraba era mefítico. Quise moverme y no encontré espacio. Al abrir los ojos, no vi nada. La escasez de aire fue el accidente más amenazador, y el que me iluminó más vivamente sobre mi posición. Comprendí que allí donde estaba el aire no se renovaba, y que iba a morir. Este pensamiento me quitó la sensación del dolor inexpresable por el que había sido despertado. Mis oídos tintinearon violentamente. Oí, o creí oír, no quiero afirmar nada, gemidos lanzados por el mundo de cadáveres en medio del cual yacía. Aunque el recuerdo de esos momentos es muy tenebroso, aunque mis memorias son muy confusas, a pesar de las impresiones de sufrimientos aún más profundos que debía experimentar y que han enturbiado mis ideas, ¡hay noches en las que creo oír todavía esos suspiros ahogados! Pero hubo algo más horrible que los gritos, un silencio que nunca he vuelto a encontrar en ninguna parte, el verdadero silencio de la tumba. Finalmente, levantando las manos, tanteando a los muertos, reconocí un vacío entre mi cabeza y el estercolero humano superior. Pude así medir el espacio que me había sido dejado por un azar cuya causa me era desconocida. Parece que, gracias al descuido o a la precipitación con que nos habían arrojado allí revueltos, dos muertos se habían cruzado por encima de mí de manera que describían un ángulo semejante al de dos naipes puestos uno contra otro por un niño que echa los cimientos de un castillo. Hurgando con prontitud, pues no había que entretenerse, encontré muy afortunadamente un brazo que no estaba unido a nada, ¡el brazo de un Hércules! Un buen hueso al que debí mi salvación. ¡Sin esta ayuda inesperada, habría perecido! Pero, con una rabia que usted debe concebir, me puse a trabajar los cadáveres que me separaban de la capa de tierra sin duda arrojada sobre nosotros, digo nosotros, ¡como si hubiera habido vivos! ¡Y le di duro, señor, pues aquí estoy! Pero no sé hoy cómo pude lograr atravesar la cubierta de carne que ponía una barrera entre la vida y yo. ¡Me dirá usted que tenía tres brazos! Esa palanca, de la que me servía con habilidad, me procuraba siempre un poco del aire que se encontraba entre los cadáveres que desplazaba, y yo economizaba mis inspiraciones. ¡Finalmente vi la luz, pero a través de la nieve, señor! En ese momento, me di cuenta de que tenía la cabeza abierta. Por suerte, mi sangre, la de mis camaradas o la piel magullada de mi caballo, ¡qué sé yo!, al coagularse, me había untado como con un emplasto natural. A pesar de esta costra, me desmayé cuando mi cráneo entró en contacto con la nieve. Sin em-

bargo, el poco calor que me quedaba, al haber derretido la nieve a mi alrededor, me encontré, cuando recobré el conocimiento, en el centro de una pequeña abertura por la que grité tanto tiempo como pude. Pero entonces el sol se levantaba, así que tenía muy pocas posibilidades de ser oído. ¿Había ya gente en los campos? Me erguía haciendo de mis pies un resorte cuyo punto de apoyo estaba en los difuntos que tenían los lomos sólidos. Comprenderá que no era el momento de decirles: —¡Respeto al valor desdichado! En resumen, señor, después de haber tenido el dolor, si la palabra puede expresar mi rabia, de ver durante mucho tiempo, ¡oh, sí, mucho tiempo!, a esos malditos alemanes huir al oír una voz donde no veían a ningún hombre, fui finalmente liberado por una mujer lo bastante audaz o lo bastante curiosa como para acercarse a mi cabeza, que parecía haber brotado de la tierra como un champiñón. Esta mujer fue a buscar a su marido, y ambos me transportaron a su pobre barraca. Parece que tuve una recaída de catalepsia, permítame esta expresión para describirle un estado del que no tengo ni idea, pero que juzgué, por los dichos de mis anfitriones, que debía de ser un efecto de esta enfermedad. Estuve durante seis meses entre la vida y la muerte, sin hablar, o desvariando cuando hablaba. Finalmente, mis anfitriones me hicieron admitir en el hospital de Heilsberg. Comprenderá, señor, que había salido del vientre de la fosa tan desnudo como del de mi madre; de modo que, seis meses después, cuando, una buena mañana, recordé haber sido el coronel Chabert, y cuando, al recobrar la razón, quise obtener de mi enfermera más respeto del que concedía a un pobre diablo, todos mis compañeros de sala se echaron a reír. Afortunadamente para mí, el cirujano había respondido, por amor propio, de mi curación, y se había interesado naturalmente por su enfermo. Cuando le hablé de manera coherente de mi antigua existencia, este buen hombre, llamado Sparchmann, hizo constar, en las formas jurídicas requeridas por el derecho del país, la manera milagrosa en que había salido de la fosa de los muertos, el día y la hora en que había sido encontrado por mi benefactora y por su marido; el tipo, la posición exacta de mis heridas, adjuntando a estas diferentes actas una descripción de mi persona. ¡Pues bien, señor, no tengo ni estos importantes documentos, ni la declaración que hice ante un notario de Heilsberg, con el fin de establecer mi identidad! Desde el día en que fui expulsado de esa ciudad por los acontecimientos de la guerra, he errado constantemente como un vagabundo, mendigando mi pan, tratado de loco cuando contaba mi aventura, y sin haber encontrado ni ganado un céntimo para procurarme las

actas que podían probar mis dichos y devolverme a la vida social. A menudo, mis dolores me retenían durante semestres enteros en pequeñas ciudades donde se prodigaban cuidados al francés enfermo, pero donde se reían en las narices de este hombre en cuanto pretendía ser el coronel Chabert. Durante mucho tiempo, estas risas, estas dudas, me sumían en un furor que me perjudicó y me hizo incluso encerrar como loco en Stuttgart. A decir verdad, puede usted juzgar, por mi relato, ¡que había razones suficientes para encerrar a un hombre! Después de dos años de detención que me vi obligado a sufrir, después de haber oído mil veces a mis guardianes decir: —«¡Ahí va un pobre hombre que cree ser el coronel Chabert!» a gentes que respondían: «¡Pobre hombre!», me convencí de la imposibilidad de mi propia aventura, me volví triste, resignado, tranquilo, y renuncié a llamarme coronel Chabert, para poder salir de la cárcel y volver a ver Francia. ¡Oh, señor, volver a ver París! Era un delirio que yo no…

Ante esta frase inacabada, el coronel Chabert cayó en una profunda ensoñación que Derville respetó.

—Señor, un buen día —prosiguió el cliente—, un día de primavera, me dieron la llave de la calle y diez táleros, con el pretexto de que hablaba muy sensatamente sobre toda clase de temas y que ya no me llamaba coronel Chabert. A fe mía, hacia esa época, y todavía hoy, a ratos, mi nombre me resulta desagradable. Quisiera no ser yo. El sentimiento de mis derechos me mata. ¡Si mi enfermedad me hubiera quitado todo recuerdo de mi existencia pasada, habría sido feliz! Habría vuelto a tomar servicio bajo un nombre cualquiera, y ¿quién sabe? quizás me habría convertido en mariscal de campo en Austria o en Rusia.

—Señor —dijo el procurador—, me confunde usted todas las ideas. Creo soñar al escucharle. Por favor, detengámonos un momento.

—Es usted —dijo el coronel con aire melancólico— la única persona que me ha escuchado tan pacientemente. Ningún hombre de ley ha querido adelantarme diez napoleones para hacer venir de Alemania los documentos necesarios para comenzar mi proceso…

—¿Qué proceso? —dijo el procurador, que olvidaba la dolorosa situación de su cliente al oír el relato de sus miserias pasadas.

—Pero, señor, ¿no es la condesa Ferraud mi mujer? Posee treinta mil libras de renta que me pertenecen, y no quiere darme ni dos céntimos. Cuando digo estas cosas a los procuradores, a los hombres de buen juicio; cuando propongo, yo, un mendigo, pleitear contra un conde y una condesa; cuando me alzo, yo, un muerto, contra un acta de defunción, un acta de matrimonio y partidas de nacimiento, me despachan, según su carácter, ya con ese aire fríamente cortés que ustedes saben adoptar para deshacerse de un desdichado, ya brutalmente, como gente que cree encontrarse con un intrigante o un loco. ¡He sido enterrado bajo los muertos, pero ahora estoy enterrado bajo los vivos, bajo las actas, bajo los hechos, bajo la sociedad entera, que quiere hacerme volver bajo tierra!

—Señor, sírvase continuar ahora —dijo el procurador.

—¡Sírvase! —exclamó el desdichado anciano, tomando la mano del joven—. Esa es la primera palabra de cortesía que oigo desde…

El coronel lloró. La gratitud ahogó su voz. Esa penetrante e indecible elocuencia que hay en la mirada, en el gesto, en el silencio mismo, acabó de convencer a Derville y le conmovió vivamente.

—Escuche, señor —le dijo a su cliente—, he ganado esta noche trescientos francos en el juego; bien puedo emplear la mitad de esta suma en hacer la felicidad de un hombre. Empezaré las gestiones y diligencias necesarias para procurarle los documentos de los que me habla, y hasta su llegada le entregaré cien sous al día. Si es usted el coronel Chabert, sabrá perdonar la modicidad del préstamo a un joven que tiene que hacer su fortuna. Prosiga.

El presunto coronel permaneció un momento inmóvil y estupefacto: su extrema desgracia había destruido sin duda sus creencias. Si corría tras su renombre militar, tras su fortuna, tras sí mismo, quizás era para obedecer a ese sentimiento inexplicable, en germen en el corazón de todos los hombres, y al que debemos las investigaciones de los alquimistas, la pasión de la gloria, los descubrimientos de la astronomía, de la física, todo lo que empuja al hombre a engrandecerse multiplicándose por los hechos o por las ideas. El ego , en su pensamiento, no era más que un objeto secundario, del mismo modo que la vanidad del triunfo o el placer de la ganancia se vuelven más queridos para el apostador que el objeto de la apuesta. Las palabras del joven procurador fueron, pues, como un milagro para este hombre rechazado durante diez años por su mujer, por la justicia, por la creación social

entera. ¡Encontrar en un procurador esas diez piezas de oro que le habían sido negadas durante tanto tiempo, por tantas personas y de tantas maneras! El coronel se parecía a aquella dama que, habiendo tenido fiebre durante quince años, creyó haber cambiado de enfermedad el día que se curó. Hay felicidades en las que ya no se cree; llegan, son un rayo, consumen. Así, la gratitud del pobre hombre era demasiado viva para que pudiera expresarla. Habría parecido frío a la gente superficial, pero Derville adivinó toda una probidad en este estupor. Un bribón habría tenido voz.

—¿Dónde estaba? —dijo el coronel con la ingenuidad de un niño o de un soldado, pues a menudo hay algo de niño en el verdadero soldado, y casi siempre de soldado en el niño, sobre todo en Francia.

—En Stuttgart. Salía usted de la cárcel —respondió el procurador.

—¿Conoce a mi mujer? —preguntó el coronel.

—Sí —replicó Derville, inclinando la cabeza.

—¿Cómo está?

—Siempre encantadora.

El anciano hizo un gesto con la mano, y pareció devorar algún dolor secreto con esa resignación grave y solemne que caracteriza a los hombres probados en la sangre y el fuego de los campos de batalla.

—Señor —dijo con una especie de alegría; pues respiraba, aquel pobre coronel, salía por segunda vez de la tumba, acababa de derretir una capa de nieve menos soluble que la que antaño le había helado la cabeza, y aspiraba el aire como si abandonara un calabozo—. Señor —dijo—, si yo hubiera sido un hombre apuesto, ninguna de mis desgracias me habría sucedido. Las mujeres creen a la gente cuando rellenan sus frases con la palabra amor. Entonces trotan, van, se desviven, intrigan, afirman los hechos, hacen el diablo por el que les gusta. ¿Cómo habría podido yo interesar a una mujer? Tenía una cara de réquiem, vestía como un sans-culotte , me parecía más a un esquimal que a un francés, ¡yo que antaño pasaba por el más elegante de los petimetres, en 1799! ¡Yo, Chabert, conde del Imperio! En fin, el mismo día en que me arrojaron al arroyo como a un perro, encontré al sargento del que ya le he hablado. El camarada se llamaba Boutin. El pobre diablo y yo formábamos el más hermoso par de pencos que jamás he visto; lo divisé en el paseo, si yo lo reconocí, a él le fue imposible adivinar quién era yo. Fuimos

juntos a una taberna. Allí, cuando me nombré, la boca de Boutin se partió en una carcajada como un mortero que estalla. ¡Esta alegría, señor, me causó una de mis más vivas penas! ¡Me revelaba sin tapujos todos los cambios que se habían producido en mí! ¡Era, pues, irreconocible, incluso para el ojo del más humilde y del más agradecido de mis amigos! Antaño yo había salvado la vida a Boutin, pero era una revancha que le debía. No le diré cómo me devolvió este servicio. La escena tuvo lugar en Italia, en Rávena. La casa donde Boutin impidió que me apuñalaran no era una casa muy decente. En aquella época yo no era coronel, era simple soldado de caballería, como Boutin. Afortunadamente, esta historia contenía detalles que solo podían ser conocidos por nosotros dos; y, cuando se los recordé, su incredulidad disminuyó. Luego le conté los accidentes de mi extraña existencia. Aunque mis ojos, mi voz, estaban, según me dijo, singularmente alterados, que ya no tenía ni pelo, ni dientes, ni cejas, que era blanco como un albino, acabó por reencontrar a su coronel en el mendigo, después de mil interrogatorios a los que respondí victoriosamente. Él me contó sus aventuras, que no eran menos extraordinarias que las mías: regresaba de los confines de China, adonde había intentado penetrar después de haberse escapado de Siberia. Me enteró de los desastres de la campaña de Rusia y de la primera abdicación de Napoleón. ¡Esa noticia es una de las cosas que más daño me han hecho! Éramos dos curiosos despojos después de haber rodado así por el globo como ruedan en el Océano los guijarros arrastrados de una orilla a otra por las tempestades. Entre los dos habíamos visto Egipto, Siria, España, Rusia, Holanda, Alemania, Italia, Dalmacia, Inglaterra, China, Tartaria, Siberia; ¡solo nos faltaba haber ido a las Indias y a América! En fin, más ágil que yo, Boutin se encargó de ir a París lo más rápidamente posible para informar a mi mujer del estado en que me encontraba. Le escribí a madame Chabert una carta muy detallada. ¡Era la cuarta, señor! Si hubiera tenido parientes, todo esto quizás no habría sucedido; pero, debo confesárselo, soy un niño de hospicio, un soldado que por patrimonio tenía su coraje, por familia a todo el mundo, por patria a Francia, por todo protector al buen Dios. ¡Me equivoco! Tenía un padre, ¡el Emperador! ¡Ah, si estuviera en pie, el buen hombre! Y si viera a su Chabert, como él me llamaba, en el estado en que estoy, ¡se pondría furioso! ¡Qué le vamos a hacer! Nuestro sol se ha puesto, ahora todos tenemos frío. Después de todo, ¡los acontecimientos políticos podían justificar el silencio de mi mujer! Boutin partió. ¡Era muy feliz, él! Tenía dos osos blancos magníficamente adiestrados

que le daban de vivir. Yo no podía acompañarlo; mis dolores no me permitían hacer largas etapas. Lloré, señor, cuando nos separamos, después de haber caminado tanto tiempo como mi estado me lo permitió en compañía de sus osos y de él. En Karlsruhe tuve un acceso de neuralgia en la cabeza, y me quedé seis semanas sobre la paja en una posada. No acabaría, señor, si tuviera que contarle todas las desgracias de mi vida de mendigo. Los sufrimientos morales, ante los cuales palidecen los dolores físicos, excitan sin embargo menos piedad, porque no se ven. Recuerdo haber llorado ante un hotel de Estrasburgo donde antaño había dado una fiesta, y donde no obtuve nada, ni siquiera un trozo de pan. Habiendo determinado de común acuerdo con Boutin el itinerario que debía seguir, iba a cada oficina de correos a preguntar si había una carta y dinero para mí. Llegué hasta París sin haber encontrado nada. ¡Cuántas desesperanzas no tuve que devorar! —Boutin habrá muerto —me decía. En efecto, el pobre diablo había sucumbido en Waterloo. Me enteré de su muerte más tarde y por casualidad. Su misión ante mi mujer fue sin duda infructuosa. Finalmente, entré en París al mismo tiempo que los cosacos. Para mí era dolor sobre dolor. Al ver a los rusos en Francia, ya no pensaba en que no tenía ni zapatos en los pies ni dinero en el bolsillo. Sí, señor, mis ropas estaban hechas jirones. La víspera de mi llegada me vi obligado a vivaquear en los bosques de Claye. El frescor de la noche me causó sin duda un acceso de no sé qué enfermedad, que me sobrevino cuando atravesaba el arrabal de Saint-Martin. Caí casi desmayado a la puerta de un ferretero. Cuando me desperté estaba en una cama en el Hôtel-Dieu. Allí estuve un mes bastante feliz. Pronto me dieron el alta. Estaba sin dinero, pero sano y en el buen pavimento de París. ¡Con qué alegría y qué prontitud fui a la rue du Mont-Blanc, donde mi mujer debía de estar alojada en un hotel mío! ¡Bah! La rue du Mont-Blanc se había convertido en la rue de la Chaussée-d'Antin. Ya no vi mi hotel, había sido vendido, demolido. Unos especuladores habían construido varias casas en mis jardines. Ignorando que mi mujer estuviera casada con el señor Ferraud, no podía obtener ningún dato. Finalmente, me dirigí a un viejo abogado que antaño se había encargado de mis asuntos. El buen hombre había muerto después de haber cedido su clientela a un joven. Este me enteró, para mi gran asombro, de la apertura de mi sucesión, de su liquidación, del matrimonio de mi mujer y del nacimiento de sus dos hijos. Cuando le dije ser el coronel Chabert, se echó a reír tan francamente que lo dejé sin hacerle la menor observación. Mi detención en Stuttgart me hizo pensar en Charen-

ton, y resolví actuar con prudencia. Entonces, señor, sabiendo dónde vivía mi mujer, me encaminé hacia su hotel, con el corazón lleno de esperanza. ¡Pues bien —dijo el coronel con un movimiento de rabia concentrada—, no fui recibido cuando me hice anunciar bajo un nombre supuesto, y el día en que tomé el mío, se me prohibió la entrada! Para ver a la condesa regresando del baile o del espectáculo, por la mañana, he permanecido noches enteras pegado al poste de la puerta de su cochera. ¡Mi mirada se hundía en ese carruaje que pasaba ante mis ojos con la rapidez del relámpago, y en el que apenas entreveía a esa mujer que es mía y que ya no es mía! ¡Oh, desde ese día he vivido para la venganza! —exclamó el anciano con voz sorda, irguiéndose de repente ante Derville—. Ella sabe que existo; ha recibido de mí, desde mi regreso, dos cartas escritas por mí mismo. ¡Ya no me quiere! ¡Yo, ignoro si la amo o si la detesto! La deseo y la maldigo por turnos. ¡Me debe su fortuna, su felicidad; pues bien, no me ha hecho llegar ni el más ligero socorro! ¡A ratos no sé qué hacer!

A estas palabras, el viejo soldado volvió a caer en su silla y permaneció inmóvil. Derville se quedó silencioso, ocupado en contemplar a su cliente.

—El asunto es grave —dijo al fin maquinalmente—. Aun admitiendo la autenticidad de los documentos que deben encontrarse en Heilsberg, no me está probado que podamos triunfar de inmediato. El proceso pasará sucesivamente por tres tribunales. Hay que reflexionar con la cabeza fría sobre una causa semejante, es del todo excepcional.

—¡Oh! —respondió fríamente el coronel, levantando la cabeza con un movimiento de orgullo—, si sucumbo, sabré morir, pero en compañía.

Ahí, el anciano había desaparecido. Los ojos del hombre enérgico brillaban, reavivados por los fuegos del deseo y de la venganza.

—Quizás haya que transigir —dijo el procurador.

—¿Transigir? —repitió el coronel Chabert—. ¿Estoy muerto o estoy vivo?

—Señor —replicó el procurador—, seguirá usted, espero, mis consejos. Su causa será mi causa. Se dará usted cuenta pronto del interés que me tomo por su situación, casi sin ejemplo en los anales judiciales. Entretanto, voy a darle una nota para mi notario, quien le entregará, contra su recibo, cincuenta francos cada diez días. No sería conveniente que viniera usted a

buscar socorro aquí. Si es usted el coronel Chabert, no debe estar a merced de nadie. Daré a estos adelantos la forma de un préstamo. Tiene usted bienes que recobrar, es usted rico.

Esta última delicadeza arrancó lágrimas al anciano. Derville se levantó bruscamente, pues quizás no era costumbre que un procurador pareciera conmoverse; pasó a su gabinete, de donde regresó con una carta sin sellar que entregó al conde Chabert. Cuando el pobre hombre la tuvo entre sus dedos, sintió dos piezas de oro a través del papel.

—¿Quiere indicarme los documentos, darme el nombre de la ciudad, del reino? —dijo el procurador.

El coronel dictó los datos, verificando la ortografía de los nombres de los lugares; luego, tomó su sombrero con una mano, miró a Derville, le tendió la otra, una mano callosa, y le dijo con voz sencilla: —A fe mía, señor, después del Emperador, ¡es usted el hombre al que más deberé! Es usted un valiente.

El procurador estrechó la mano del coronel, lo acompañó hasta la escalera y lo alumbró.

—Boucard —dijo Derville a su primer pasante—, acabo de oír una historia que me costará quizás veinticinco luises. Si soy estafado, no lamentaré mi dinero, habré visto al comediante más hábil de nuestra época.

Cuando el coronel se encontró en la calle y frente a un farol, sacó de la carta las dos piezas de veinte francos que el procurador le había dado, y las miró un momento a la luz. Volvía a ver oro por primera vez en nueve años.

—Así que podré fumar puros —se dijo.

Aproximadamente tres meses después de esta consulta nocturna hecha por el coronel Chabert en casa de Derville, el notario encargado de pagar la media soldada que el procurador hacía a su singular cliente, fue a verlo para conferenciar sobre un asunto grave, y comenzó por reclamarle seiscientos francos dados al viejo militar.

—¿Te diviertes, pues, en mantener al antiguo ejército? —le dijo riendo este notario, llamado Crottat, un joven que acababa de comprar la notaría donde había sido pasante principal, y cuyo jefe acababa de fugarse provocando una espantosa quiebra.

—Te agradezco, mi querido maese —respondió Derville—, que me recuerdes este asunto. Mi filantropía no irá más allá de veinticinco luises, ya temo haber sido el hazmerreír de mi patriotismo.

En el momento en que Derville terminaba su frase, vio sobre su escritorio los paquetes que su pasante principal había puesto allí. Sus ojos fueron golpeados por el aspecto de los sellos oblongos, cuadrados, triangulares, rojos, azules, puestos sobre una carta por los correos prusiano, austríaco, bávaro y francés.

—¡Ah! —dijo riendo—, he aquí el desenlace de la comedia, vamos a ver si me han engañado. —Tomó la carta y la abrió, pero no pudo leer nada, estaba escrita en alemán—. Boucard, vaya usted mismo a hacer traducir esta carta, y vuelva pronto —dijo Derville, entreabriendo la puerta de su gabinete y tendiendo la carta a su pasante principal.

El notario de Berlín al que se había dirigido el procurador, le anunciaba que las copias de los documentos solicitados le llegarían unos días después de esta carta de aviso. Los documentos estaban, decía, perfectamente en regla, y revestidos de las legalizaciones necesarias para hacer fe en juicio. Además, le comunicaba que casi todos los testigos de los hechos consagrados por las actas existían en Prusia Oriental-Eylau; y que la mujer a la que el señor conde Chabert debía la vida, vivía todavía en uno de los arrabales de Heilsberg.

—Esto se pone serio —exclamó Derville cuando Boucard terminó de darle la sustancia de la carta—. Pero, dime, muchacho —prosiguió dirigiéndose al notario—, voy a necesitar informes que deben de estar en tu notaría. ¿No fue en casa de ese viejo bribón de Roguin…?

—Decimos el infortunado, el desdichado Roguin —replicó maese Alexandre Crottat riendo e interrumpiendo a Derville.

—¿No fue en casa de este infortunado que acaba de llevarse ochocientos mil francos de sus clientes y de reducir a varias familias a la desesperación, donde se hizo la liquidación de la sucesión Chabert? Me parece que he visto eso en nuestros documentos Ferraud.

—Sí —respondió Crottat—, yo era entonces tercer pasante, la copié y la estudié bien, esa liquidación. Rose Chapotel, esposa y viuda de Hyacinthe, llamado Chabert, conde del imperio, gran oficial de la Legión de Honor; se

habían casado sin contrato, estaban pues en régimen de bienes gananciales. Por lo que puedo recordar, el activo se elevaba a seiscientos mil francos. Antes de su matrimonio, el conde Chabert había hecho un testamento a favor de los hospicios de París, por el cual les atribuía la cuarta parte de la fortuna que poseyera en el momento de su fallecimiento, el dominio público heredaba la otra cuarta parte. Hubo división, venta y reparto, porque los procuradores fueron rápidos. En el momento de la liquidación, el monstruo que gobernaba entonces Francia devolvió por un decreto la porción del fisco a la viuda del coronel.

—De modo que la fortuna personal del conde Chabert no ascendería más que a trescientos mil francos.

—¡Por consiguiente, amigo mío! —respondió Crottat—. A veces tenéis el juicio certero, vosotros los procuradores, aunque se os acuse de falsearlo al defender con igual soltura el Pro que el Contra.

El conde Chabert, cuya dirección se leía al pie del primer recibo que le había entregado el notario, vivía en el arrabal de Saint-Marceau, en la calle del Petit-Banquier, en casa de un viejo sargento de la guardia imperial, ahora lechero, llamado Vergniaud. Al llegar allí, Derville se vio obligado a ir a pie en busca de su cliente, pues su cochero se negó a meterse en una calle sin pavimentar y cuyas roderas eran un poco demasiado profundas para las ruedas de un cabriolé. Mirando a todos lados, el procurador acabó por encontrar, en la parte de esa calle que linda con el bulevar, entre dos muros construidos con osamentas y tierra, dos malas pilastras de mampostería que el paso de los carruajes había desportillado, a pesar de dos trozos de madera colocados a modo de guardacantones. Estas pilastras sostenían una viga cubierta con un tejadillo de tejas, sobre la cual estaban escritas estas palabras en rojo: Vergniaud, lechero . A la derecha de este nombre se veían unos huevos, y a la izquierda una vaca, todo ello pintado de blanco. La puerta estaba abierta y sin duda permanecía así durante todo el día. Al fondo de un patio bastante espacioso, se alzaba, frente a la puerta, una casa, si es que este nombre conviene a una de esas casuchas construidas en los arrabales de París, y que no son comparables a nada, ni siquiera a las más míseras viviendas del campo, de las que tienen la miseria sin tener la poesía. En efecto, en medio del campo, las cabañas tienen todavía una gracia que les otorgan la pureza del aire, la vegetación, el aspecto de los campos, una colina, un camino tortuoso, viñas, un seto vivo, el musgo de los tejados de paja

y los utensilios campestres; pero en París la miseria solo se engrandece por su horror. Aunque recientemente construida, esta casa parecía a punto de caer en ruina. Ninguno de los materiales había tenido allí su verdadero destino, todos provenían de las demoliciones que se hacen a diario en París. Derville leyó en un postigo hecho con las tablas de un letrero: Almacén de novedades . Las ventanas no se parecían entre sí y estaban extrañamente colocadas. La planta baja, que parecía ser la parte habitable, estaba realzada por un lado, mientras que por el otro las habitaciones estaban semienterradas por una eminencia. Entre la puerta y la casa se extendía una charca llena de estiércol donde corrían las aguas pluviales y domésticas. El muro sobre el que se apoyaba esta mísera vivienda, y que parecía ser más sólido que los otros, estaba guarnecido de conejeras enrejadas donde auténticos conejos criaban a sus numerosas familias. A la derecha de la puerta cochera se encontraba la vaquería, coronada por un granero de forraje, y que comunicaba con la casa por una lechería. A la izquierda había un corral, una cuadra y una pocilga cuyo tejado, como el de la casa, se había rematado con malas tablas de madera blanca clavadas unas sobre otras y mal cubiertas con juncos. Como casi todos los lugares donde se cocinan los elementos del gran festín que París devora cada día, el patio en el que Derville puso el pie ofrecía las huellas de la precipitación requerida por la necesidad de llegar a una hora fija. Esos grandes recipientes de hojalata abollados en los que se transporta la leche, y las ollas que contienen la nata, estaban arrojados en desorden delante de la lechería, con sus tapones de tela. Los trapos agujereados que servían para secarlos ondeaban al sol, tendidos en cuerdas atadas a estacas. El pacífico caballo, de esa raza que solo se encuentra entre las lecheras, había dado unos pasos fuera de su carreta y permanecía delante de la cuadra, cuya puerta estaba cerrada. Una cabra ramoneaba los pámpanos de la vid endeble y polvorienta que adornaba la pared amarilla y agrietada de la casa. Un gato estaba agazapado sobre las ollas de nata y las lamía. Las gallinas, asustadas por la proximidad de Derville, echaron a volar gritando, y el perro guardián ladró.

—¡Y pensar que el hombre que decidió la victoria en la batalla de Eylau vive aquí! —se dijo Derville, abarcando de una sola ojeada el conjunto de aquel espectáculo innoble.

La casa había quedado bajo la protección de tres granujas. Uno, encaramado en lo alto de una carreta cargada de forraje verde, arrojaba piedras por

el cañón de una chimenea de la casa vecina, esperando que cayeran dentro de la olla. El otro intentaba subir un cerdo al piso de la carreta, que tocaba el suelo, mientras que el tercero, colgado del otro extremo, esperaba a que el cerdo estuviera colocado para levantarlo haciendo bascular la carreta. Cuando Derville les preguntó si era allí donde vivía el señor Chabert, ninguno respondió, y los tres lo miraron con una estupidez maliciosa, si se permite aliar estas dos palabras. Derville reiteró sus preguntas sin éxito. Impacientado por el aire socarrón de los tres tunantes, les dedicó uno de esos insultos jocosos que los jóvenes se creen con derecho a dirigir a los niños, y los granujas rompieron el silencio con una risa brutal. Derville se enojó. El coronel, que lo oyó, salió de un cuartucho bajo situado cerca de la lechería y apareció en el umbral de su puerta con una flema militar inexpresable. Tenía en la boca una de esas pipas notablemente encurtidas (expresión técnica de los fumadores), una de esas humildes pipas de barro blanco llamadas quema-gargantas . Levantó la visera de una gorra horriblemente mugrienta, divisó a Derville y atravesó el estercolero para acudir más prontamente a su benefactor, gritando con voz amigable a los granujas: —¡Silencio en las filas! —Los niños guardaron de inmediato un silencio respetuoso que anunciaba el imperio ejercido sobre ellos por el viejo soldado.

—¿Por qué no me ha escrito? —le dijo a Derville—. ¡Vaya por el lado de la vaquería! Mire, por ahí, el camino está empedrado —exclamó al notar la indecisión del procurador que no quería mojarse los pies en el estiércol.

Saltando de un sitio a otro, Derville llegó al umbral de la puerta por donde había salido el coronel. Chabert pareció desagradablemente afectado por tener que recibirlo en la habitación que ocupaba. En efecto, Derville no vio allí más que una sola silla. El lecho del coronel consistía en unos fardos de paja sobre los cuales su anfitriona había extendido dos o tres jirones de esas viejas tapicerías, recogidas no sé dónde, que las lecheras usan para guarnecer los bancos de sus carretas. El suelo era simplemente de tierra apisonada. Las paredes salitrosas, verdosas y agrietadas desprendían una humedad tan fuerte que la pared contra la que dormía el coronel estaba tapizada con una estera de junco. El famoso carrick pendía de un clavo. Dos malos pares de botas yacían en un rincón. Ningún vestigio de ropa blanca. Sobre la mesa carcomida, los Boletines del Gran Ejército reimpresos por Plancher estaban abiertos y parecían ser la lectura del coronel, cuya fisonomía era tranquila y serena en medio de aquella miseria. Su visita a

Derville parecía haber cambiado el carácter de sus rasgos, donde el procurador encontró las huellas de un pensamiento feliz, un brillo particular que la esperanza había arrojado en ellos.

—¿Le molesta el humo de la pipa? —dijo, ofreciendo a su procurador la silla medio desfondada.

—Pero, coronel, está usted terriblemente mal aquí.

Esta frase le fue arrancada a Derville por la desconfianza natural de los procuradores y por la deplorable experiencia que les dan desde temprana edad los espantosos dramas desconocidos de los que son testigos.

—Vaya —se dijo—, este hombre seguramente habrá empleado mi dinero en satisfacer las tres virtudes teologales del soldado: ¡el juego, el vino y las mujeres!

—Es cierto, señor, aquí no brillamos por el lujo. Es un vivac atemperado por la amistad, pero… —aquí el soldado lanzó una mirada profunda al hombre de ley—. Pero no he hecho daño a nadie, nunca he rechazado a nadie y duermo tranquilo.

El procurador pensó que habría poca delicadeza en pedir cuentas a su cliente de las sumas que le había adelantado, y se contentó con decirle: —¿Por qué no ha querido usted venir a París, donde habría podido vivir tan económicamente como vive aquí, pero donde habría estado mejor?

—Pues —respondió el coronel—, ¡la buena gente en cuya casa estoy me había recogido y alimentado gratis durante un año! ¿Cómo iba a dejarlos en el momento en que tenía un poco de dinero? Además, el padre de estos tres granujas es un viejo egipcio…

—¿Cómo, un egipcio?

—Así llamamos a los soldados que regresaron de la expedición de Egipto, de la que formé parte. No solo todos los que volvieron de allí son un poco hermanos, sino que Vergniaud estaba entonces en mi regimiento, compartimos el agua en el desierto. En fin, todavía no he terminado de enseñar a leer a sus mocosos.

—Bien podría haberlo alojado mejor por su dinero.

—¡Bah! —dijo el coronel—, ¡sus hijos duermen como yo sobre la paja! Su mujer y él no tienen una cama mejor. Son muy pobres, ¿sabe? Se metieron en un negocio por encima de sus posibilidades. ¡Pero si recobro mi fortuna!… En fin, ¡basta!

—Coronel, debo recibir mañana o pasado sus documentos de Heilsberg. ¡Su libertadora vive todavía!

—¡Maldito dinero! ¡Y pensar que no tengo! —exclamó, arrojando su pipa al suelo.

Una pipa encurtida es una pipa preciosa para un fumador; pero fue con un gesto tan natural, con un movimiento tan generoso, que todos los fumadores e incluso el Estanco le habrían perdonado este crimen de lesa majestad tabaquera. Los ángeles quizás habrían recogido los pedazos.

—Coronel, su asunto es excesivamente complicado —le dijo Derville, saliendo de la habitación para ir a pasear al sol a lo largo de la casa.

—A mí me parece —dijo el soldado— perfectamente simple. Me creyeron muerto, ¡aquí estoy! Devuélvanme a mi mujer y mi fortuna; denme el grado de general al que tengo derecho, pues ascendí a coronel en la guardia imperial la víspera de la batalla de Eylau.

—Las cosas no van así en el mundo judicial —replicó Derville—. Escúcheme. Usted es el conde Chabert, de acuerdo, pero se trata de probarlo judicialmente a gente que tendrá interés en negar su existencia. Así, sus documentos serán discutidos. Esta discusión acarreará diez o doce cuestiones preliminares. Todas irán contradictoriamente hasta el tribunal supremo y constituirán otros tantos procesos costosos, que se alargarán, por mucha actividad que yo ponga en ellos. Sus adversarios pedirán una investigación a la que no podremos negarnos, y que necesitará quizás una comisión rogatoria en Prusia. Pero supongamos lo mejor: admitamos que la justicia reconozca prontamente que usted es el coronel Chabert. ¿Sabemos cómo se juzgará la cuestión suscitada por la bigamia, muy inocente, de la condesa Ferraud? En su causa, el punto de derecho está fuera del código, y solo puede ser juzgado por los jueces según las leyes de la conciencia, como hace el jurado en las cuestiones delicadas que presentan las rarezas sociales de algunos procesos criminales. Ahora bien, usted no tuvo hijos de su matrimonio, y el señor conde Ferraud tiene dos del suyo; los jueces

pueden declarar nulo el matrimonio donde se encuentren los lazos más débiles, en provecho del matrimonio que comporta lazos más fuertes, desde el momento en que ha habido buena fe por parte de los contrayentes. ¿Estará usted en una posición moral muy airosa, queriendo a machamartillo tener, a su edad y en las circunstancias en que se encuentra, a una mujer que ya no le ama? Tendrá en su contra a su mujer y a su marido, dos personas poderosas que podrán influir en los tribunales. El proceso tiene, pues, elementos de duración. Tendrá tiempo de envejecer entre los pesares más punzantes.

—¿Y mi fortuna?

—¿Cree usted, pues, tener una gran fortuna?

—¿No tenía yo treinta mil libras de renta?

—Mi querido coronel, usted había hecho, en 1799, antes de su matrimonio, un testamento que legaba la cuarta parte de sus bienes a los hospicios.

—Es cierto.

—¡Pues bien! Dándosele por muerto, ¿no fue necesario proceder a un inventario y a una liquidación para dar esa cuarta parte a los hospicios? Su mujer no tuvo escrúpulos en engañar a los pobres. El inventario, en el que sin duda se guardó muy bien de mencionar el dinero en efectivo y las joyas, en el que habrá presentado poca platería, y en el que el mobiliario fue tasado en dos tercios por debajo del precio real, ya sea para favorecerla, ya para pagar menos impuestos al fisco, y también porque los tasadores son responsables de sus estimaciones; el inventario así hecho estableció un valor de seiscientos mil francos. Por su parte, su viuda tenía derecho a la mitad. Todo fue vendido y recomprado por ella, se benefició de todo, y los hospicios recibieron sus setenta y cinco mil francos. Luego, como el fisco heredaba de usted, dado que no había hecho mención de su mujer en su testamento, el Emperador devolvió por decreto a su viuda la porción que correspondía al dominio público. Ahora, ¿a qué tiene usted derecho? A trescientos mil francos solamente, menos las costas.

—¿Y a eso lo llama usted justicia? —dijo el coronel, estupefacto.

—Pues, ciertamente…

—¡Hermosa es!

—Así es, mi pobre coronel. Ya ve que lo que usted creía fácil no lo es. Madame Ferraud puede incluso querer quedarse con la porción que le fue dada por el Emperador.

—Pero ella no era viuda, el decreto es nulo…

—De acuerdo. Pero todo es recurrible. Escúcheme. En estas circunstancias, creo que una transacción sería, tanto para usted como para ella, el mejor desenlace del proceso. Ganaría usted con ella una fortuna más considerable que aquella a la que tendría derecho.

—¿Eso sería vender a mi mujer?

—Con veinticuatro mil francos de renta, en la posición en que se encuentra, tendrá usted mujeres que le convendrán más que la suya y que le harán más feliz. Pienso ir a ver hoy mismo a la señora condesa Ferraud para sondear el terreno; pero no he querido dar este paso sin advertírselo.

—Vayamos juntos a su casa…

—¿En el estado en que se encuentra? —dijo el procurador—. No, no, coronel, no. Podría usted perder por completo su pleito…

—¿Se puede ganar mi pleito?

—En todos los frentes —respondió Derville—. Pero, mi querido coronel Chabert, no presta usted atención a una cosa. Yo no soy rico, mi cargo no está enteramente pagado. Si los tribunales le conceden una provisión, es decir, una suma a cuenta de su fortuna, no la concederán sino después de haber reconocido su calidad de conde Chabert, gran oficial de la Legión de Honor.

—Vaya, soy gran oficial de la Legión, ya no me acordaba —dijo ingenuamente.

—¡Pues bien! Hasta entonces —prosiguió Derville—, ¿no hay que pleitear, pagar abogados, obtener y saldar sentencias, hacer marchar a los ujieres y vivir? Las costas de las instancias preparatorias ascenderán, a ojo de buen cubero, a más de doce o quince mil francos. Yo no los tengo, abrumado como estoy por los enormes intereses que pago a quien me prestó el dinero para mi cargo. Y usted, ¿dónde los encontrará?

Gruesas lágrimas cayeron de los ojos marchitos del pobre soldado y rodaron por sus mejillas arrugadas. Ante el aspecto de estas dificultades, se sintió desalentado. El mundo social y judicial le pesaba en el pecho como una pesadilla.

—¡Iré —exclamó— al pie de la columna de la plaza Vendôme, y allí gritaré: «¡Soy el coronel Chabert, el que rompió el gran cuadro de los rusos en Eylau!». ¡El bronce, él sí me reconocerá!

—Y sin duda lo meterán en Charenton.

A este nombre temido, la exaltación del militar se desvaneció.

—¿No habría para mí alguna posibilidad favorable en el ministerio de la Guerra?

—¡Las oficinas! —dijo Derville—. Vaya usted, pero con una sentencia bien en regla que declare nula su acta de defunción. Las oficinas querrían poder aniquilar a la gente del Imperio.

El coronel permaneció un momento perplejo, inmóvil, mirando sin ver, abismado en una desesperación sin límites. La justicia militar es franca, rápida, decide a la turca y juzga casi siempre bien; esta justicia era la única que Chabert conocía. Al percibir el dédalo de dificultades en el que era preciso meterse, al ver cuánto dinero se necesitaba para viajar por él, el pobre soldado recibió un golpe mortal en esa potencia particular del hombre que se llama la voluntad . Le pareció imposible vivir pleiteando, le resultaba mil veces más simple seguir siendo pobre, mendigo, alistarse como soldado de caballería si algún regimiento lo quería. Sus sufrimientos físicos y morales ya le habían viciado el cuerpo en algunos de los órganos más importantes. Se acercaba a una de esas enfermedades para las que la medicina no tiene nombre, cuyo asiento es en cierto modo móvil como el aparato nervioso, que parece el más atacado de todos los de nuestra máquina; afección que habría que llamar el spleen de la desdicha. Por grave que fuera ya este mal invisible pero real, todavía era curable con una feliz conclusión. Para quebrantar del todo esta vigorosa organización, bastaría un nuevo obstáculo, algún hecho imprevisto que rompiera sus debilitados resortes y produjera esas vacilaciones, esos actos incomprensibles, incompletos, que los fisiólogos observan en los seres arruinados por los pesares.

Al reconocer entonces los síntomas de un profundo abatimiento en su cliente, Derville le dijo: —Ánimo, la solución de este asunto no puede serle sino favorable. Solamente, examine si puede darme toda su confianza y aceptar ciegamente el resultado que yo crea mejor para usted.

—Haga como quiera —dijo Chabert.

—Sí, ¿pero se abandona usted a mí como un hombre que marcha hacia la muerte?

—¿Acaso no voy a quedarme sin estado, sin nombre? ¿Es eso tolerable?

—Yo no lo entiendo así —dijo el procurador—. Tramitaremos amistosamente una sentencia para anular su acta de defunción y su matrimonio, a fin de que usted recupere sus derechos. Incluso, por la influencia del conde Ferraud, será usted inscrito en los cuadros del ejército como general, y sin duda obtendrá una pensión.

—¡Adelante, pues! —respondió Chabert—. Me fío enteramente de usted.

—Le enviaré, pues, un poder para que lo firme —dijo Derville—. ¡Adiós, mucho ánimo! Si necesita dinero, cuente conmigo.

Chabert estrechó calurosamente la mano de Derville y se quedó con la espalda apoyada contra la pared, sin fuerzas para seguirlo más que con los ojos. Como toda la gente que comprende poco los asuntos judiciales, se asustaba de esta lucha imprevista.

Durante esta conferencia, en varias ocasiones, se había asomado por detrás de una pilastra de la puerta cochera el rostro de un hombre apostado en la calle para acechar la salida de Derville, y que lo abordó cuando salió. Era un hombre anciano vestido con una chaqueta azul, una cotona blanca plisada semejante a la de los cerveceros, y que llevaba en la cabeza una gorra de nutria. Su rostro era moreno, hundido, arrugado, pero enrojecido en los pómulos por el exceso de trabajo y curtido por el aire libre.

—Disculpe, señor —le dijo a Derville, deteniéndolo por el brazo—, si me tomo la libertad de hablarle, pero he sospechado, al verle, que era usted amigo de nuestro general.

—¿Y bien? —dijo Derville—. ¿En qué se interesa usted por él? Pero, ¿quién es usted? —replicó el desconfiado procurador.

—Soy Louis Vergniaud —respondió al punto—. Y tendría dos palabras que decirle.

—¿Y es usted quien ha alojado al conde Chabert como lo está?

—Perdón, disculpe, señor, tiene la mejor habitación. Le habría dado la mía, si no hubiera tenido más que una. Habría dormido en la cuadra. Un hombre que ha sufrido como él, que enseña a leer a mis mocosos, un general, un egipcio, el primer teniente a cuyas órdenes serví… ¡habría que verlo! Para nada, es el que mejor alojado está. He compartido con él lo que tenía. Desgraciadamente no era gran cosa, pan, leche, huevos; en fin, ¡en la guerra como en la guerra! Es de buen corazón. Pero nos ha contrariado.

—¿Él?

—Sí, señor, contrariado, lo que se dice contrariado de verdad. Me he metido en un negocio por encima de mis posibilidades, él bien lo veía. ¡Eso le molestaba y se ponía a cepillar al caballo! Yo le decía: —¿Pero, mi general? —¡Bah! —dice él—, no quiero ser un holgazán, y hace mucho que sé despellejar conejos. Total, que yo había firmado unas letras por el precio de mi vaquería a un tal Grados… ¿Lo conoce usted, señor?

—Pero, amigo mío, no tengo tiempo de escucharle. ¡Solo dígame cómo los ha contrariado el coronel!

—Nos ha contrariado, señor, tan cierto como que me llamo Louis Vergniaud y que mi mujer ha llorado por ello. Se enteró por los vecinos de que no teníamos ni un céntimo para nuestra letra. El viejo gruñón, sin decir nada, ha juntado todo lo que usted le daba, ha estado al acecho de la letra y la ha pagado. ¡Vaya jugarreta! ¡Que mi mujer y yo sabíamos que no tenía tabaco, el pobre viejo, y que se pasaba sin él! ¡Oh! ¡Ahora, todas las mañanas tiene sus puros! ¡Antes me vendería…! ¡No! Estamos contrariados. Por lo tanto, quisiera proponerle que nos prestara, ya que nos ha dicho que es usted un hombre valiente, unos cien escudos sobre nuestro negocio, para que le hagamos hacer trajes, le amueblemos su habitación. Creyó saldar cuentas con nosotros, ¿no es así? Pues bien, al contrario, ¿sabe usted?, el veterano nos ha endeudado… ¡y contrariado! No debía habernos hecho esa afrenta. ¡Nos ha contrariado! ¿Y siendo amigos, además? A fe de hombre honrado, tan cierto como que me llamo Louis Vergniaud, antes me alistaría que dejar de devolverle ese dinero…

Derville miró al lechero e hizo unos pasos hacia atrás para volver a ver la casa, el patio, los estercoleros, el establo, los conejos, los niños.

—A fe mía, creo que uno de los caracteres de la virtud es no ser propietario —se dijo—. Anda, tendrás tus cien escudos, ¡y más aún! Pero no seré yo quien te los dé, el coronel será lo bastante rico para ayudarte, y no quiero quitarle ese placer.

—¿Será pronto?

—Pues sí.

—¡Ah, Dios mío, qué contenta se va a poner mi esposa!

Y el rostro curtido del lechero pareció expandirse de alegría.

—Ahora —se dijo Derville subiendo de nuevo a su cabriolé—, vayamos a ver a nuestra adversaria. No dejemos ver nuestro juego, tratemos de conocer el suyo y ganemos la partida de un solo golpe. ¿Habría que asustarla? Es mujer. ¿De qué se asustan más las mujeres? Pues las mujeres solo se asustan de…

Se puso a estudiar la posición de la condesa y cayó en una de esas meditaciones a las que se entregan los grandes políticos al concebir sus planes, al tratar de adivinar el secreto de los gabinetes enemigos. ¿No son los procuradores, en cierto modo, hombres de Estado encargados de los asuntos privados? Una ojeada a la situación del señor conde Ferraud y de su mujer es aquí necesaria para hacer comprender el genio del procurador.

El señor conde Ferraud era hijo de un antiguo Consejero del Parlamento de París, que había emigrado durante la época del Terror, y que si bien salvó la cabeza, perdió su fortuna. Regresó bajo el Consulado y permaneció constantemente fiel a los intereses de Luis XVIII, en cuyo entorno se hallaba su padre antes de la revolución. Pertenecía, pues, a esa parte del faubourg Saint-Germain que resistió noblemente a las seducciones de Napoleón. La reputación de capacidad que se forjó el joven conde, entonces simplemente llamado señor Ferraud, lo convirtió en objeto de las coqueterías del Emperador, quien a menudo se sentía tan feliz de sus conquistas sobre la aristocracia como de la victoria en una batalla. Se le prometió al conde la restitución de su título, la de sus bienes no vendidos, se le mostró en la lejanía un ministerio, una senaduría. El emperador fracasó. El señor Ferraud era, en el momento de la muerte del conde Chabert, un joven de veintiséis años, sin for-

tuna, dotado de agradables formas, que tenía éxitos y que el faubourg Saint-Germain había adoptado como una de sus glorias; pero la señora condesa Chabert había sabido sacar tan buen partido de la herencia de su marido, que después de dieciocho meses de viudedad poseía alrededor de cuarenta mil libras de renta. Su matrimonio con el joven conde no fue aceptado como una novedad por las camarillas del faubourg Saint-Germain. Feliz con este matrimonio que respondía a sus ideas de fusión, Napoleón devolvió a la señora Chabert la porción que heredaba el fisco en la sucesión del coronel; pero la esperanza de Napoleón se vio de nuevo frustrada. La señora Ferraud no solo amaba a su amante en el joven, sino que también había sido seducida por la idea de entrar en esa sociedad desdeñosa que, a pesar de su abatimiento, dominaba la corte imperial. Todas sus vanidades se veían halagadas tanto como sus pasiones en este matrimonio. Iba a convertirse en una mujer como es debido. Cuando el faubourg Saint-Germain supo que el matrimonio del joven conde no era una defección, los salones se abrieron a su mujer. Llegó la Restauración. La fortuna política del conde Ferraud no fue rápida. Comprendía las exigencias de la posición en la que se encontraba Luis XVIII, era uno de los iniciados que esperaban a que el abismo de las revoluciones se cerrara , pues esta frase regia, de la que tanto se burlaron los liberales, ocultaba un sentido político. No obstante, la ordenanza citada en la larga frase clerical que comienza esta historia le había devuelto dos bosques y una tierra cuyo valor había aumentado considerablemente durante el secuestro. En este momento, aunque el conde Ferraud era Consejero de Estado, Director General, no consideraba su posición más que como el comienzo de su fortuna política. Preocupado por los afanes de una ambición devoradora, se había procurado como secretario a un antiguo procurador arruinado llamado Delbecq, hombre más que hábil, que conocía admirablemente los recursos de la picaresca judicial, y al que dejaba la conducción de sus asuntos privados. El astuto práctico había comprendido tan bien su posición en casa del conde, que era probo por especulación. Esperaba conseguir algún cargo por el crédito de su patrón, cuya fortuna era objeto de todos sus cuidados. Su conducta desmentía de tal modo su vida anterior que pasaba por ser un hombre calumniado. Con el tacto y la finura de que están más o menos dotadas todas las mujeres, la condesa, que había calado a su intendente, lo vigilaba diestramente y sabía manejarlo tan bien, que ya le había sacado un muy buen partido para el aumento de su fortuna particular. Había sabido persuadir a Delbecq de que ella gobernaba al señor Ferraud, y le

había prometido hacerlo nombrar presidente de un tribunal de primera instancia en una de las ciudades más importantes de Francia, si se dedicaba enteramente a sus intereses. La promesa de un cargo inamovible que le permitiría casarse ventajosamente y conquistar más tarde una alta posición en la carrera política convirtiéndose en diputado, hizo de Delbecq el alma condenada de la condesa. No le había dejado escapar ninguna de las oportunidades favorables que los movimientos de la Bolsa y el alza de las propiedades presentaron en París a la gente hábil durante los tres primeros años de la Restauración. Había triplicado los capitales de su protectora, con tanta más facilidad cuanto que todos los medios le habían parecido buenos a la condesa para hacer rápidamente enorme su fortuna. Empleaba los emolumentos de los cargos ocupados por el conde en los gastos de la casa, para poder capitalizar sus rentas, y Delbecq se prestaba a los cálculos de esta avaricia sin tratar de explicarse los motivos. Este tipo de gente solo se preocupa de los secretos cuyo descubrimiento es necesario para sus intereses. Además, encontraba tan naturalmente la razón en esa sed de oro que aqueja a la mayoría de las parisinas, y se necesitaba una fortuna tan grande para apoyar las pretensiones del conde Ferraud, que el intendente creía a veces entrever en la avidez de la condesa un efecto de su devoción por el hombre del que seguía enamorada. La condesa había sepultado los secretos de su conducta en el fondo de su corazón. Allí había secretos de vida o muerte para ella, allí estaba precisamente el nudo de esta historia.

A comienzos del año 1818, la Restauración estaba asentada sobre bases en apariencia inquebrantables; sus doctrinas gubernamentales, comprendidas por los espíritus elevados, les parecieron que debían traer para Francia una era de nueva prosperidad, y entonces la sociedad parisina cambió de rostro. La señora condesa Ferraud se encontró por casualidad habiendo hecho a la vez un matrimonio de amor, de fortuna y de ambición. Aún joven y bella, la señora Ferraud desempeñó el papel de una mujer de moda y vivió en la atmósfera de la corte. Rica por sí misma, rica por su marido, quien, pregonado como uno de los hombres más capaces del partido realista y amigo del rey, parecía prometido a algún ministerio, pertenecía a la aristocracia y compartía su esplendor. En medio de este triunfo, fue alcanzada por un cáncer moral. Hay sentimientos que las mujeres adivinan a pesar del cuidado con que los hombres se afanan en sepultarlos. Al primer regreso del rey, el conde Ferraud había concebido ciertos remordimientos por su matrimonio. La viuda del coronel Chabert no lo había emparentado con nadie, esta-

ba solo y sin apoyo para dirigirse en una carrera llena de escollos y de enemigos. Luego, quizás, cuando había podido juzgar fríamente a su mujer, había reconocido en ella algunos vicios de educación que la hacían impropia para secundarlo en sus proyectos. Una palabra dicha por él a propósito del matrimonio de Talleyrand iluminó a la condesa, a la que le quedó probado que si su matrimonio estuviera por hacerse, jamás habría sido la señora Ferraud. Este pesar, ¿qué mujer lo perdonaría? ¿No contiene todas las injurias, todos los crímenes, todos los repudios en germen? Pero, ¡qué herida no debía hacer esta palabra en el corazón de la condesa, si se supone que temía ver regresar a su primer marido! Lo había sabido vivo, lo había rechazado. Luego, durante el tiempo en que no había vuelto a oír hablar de él, se había complacido en creerlo muerto en Waterloo con las águilas imperiales, en compañía de Boutin. No obstante, concibió la idea de atar al conde a ella por el más fuerte de los lazos, por la cadena de oro, y quiso ser tan rica que su fortuna hiciera indisoluble su segundo matrimonio, si por casualidad el conde Chabert reaparecía. Y había reaparecido, sin que ella se explicara por qué la lucha que temía no había comenzado ya. Los sufrimientos, la enfermedad, la habían librado quizás de ese hombre. Quizás estaba medio loco; Charenton todavía podía darle la razón. No había querido poner a Delbecq ni a la policía en su confidencia, por miedo a darse un amo o a precipitar la catástrofe. Existen en París muchas mujeres que, semejantes a la condesa Ferraud, viven con un monstruo moral desconocido o bordean un abismo; se hacen un callo en el lugar de su mal y todavía pueden reír y divertirse.

—Hay algo muy singular en la situación del señor conde Ferraud —se dijo Derville al salir de su larga ensoñación, en el momento en que su cabriolé se detenía en la rue de Varenne, a la puerta del hôtel Ferraud—. ¿Cómo es que él, tan rico, amado por el rey, no es todavía par de Francia? Es cierto que quizás entre en la política del rey, como me decía la señora de Grandlieu, dar una alta importancia a la dignidad de par no prodigándola. Además, el hijo de un Consejero del Parlamento no es un Crillon ni un Rohan. El conde Ferraud solo puede entrar subrepticiamente en la cámara alta. Pero, si su matrimonio se anulara, ¿no podría hacer recaer sobre su cabeza, para gran satisfacción del rey, la dignidad de par de uno de esos viejos senadores que solo tienen hijas? ¡Vaya un buen órdago que lanzar para asustar a nuestra condesa! —se dijo subiendo la escalinata.

Derville, sin saberlo, había puesto el dedo en la llaga secreta, hundido la mano en el cáncer que devoraba a la señora Ferraud. Fue recibido por ella en un bonito comedor de invierno, donde desayunaba mientras jugaba con un mono atado con una cadena a una especie de pequeño poste guarnecido de barrotes de hierro. La condesa estaba envuelta en un elegante batín; los bucles de su cabello, negligentemente recogidos, se escapaban de un gorro que le daba un aire travieso. Estaba fresca y risueña. La plata, la plata dorada, el nácar, centelleaban sobre la mesa, y a su alrededor había flores exóticas plantadas en magníficos jarrones de porcelana. Al ver a la mujer del conde Chabert, rica con sus despojos, en el seno del lujo, en la cúspide de la sociedad, mientras que el desdichado vivía en casa de un pobre lechero en medio del ganado, el procurador se dijo: «La moraleja de esto es que una mujer bonita nunca querrá reconocer a su marido, ni siquiera a su amante, en un hombre con un viejo carrick, una peluca de estropajo y botas agujereadas». Una sonrisa maliciosa y mordaz expresó las ideas medio filosóficas, medio burlonas que debían acudir a un hombre tan bien situado para conocer el fondo de las cosas, a pesar de las mentiras bajo las cuales la mayoría de las familias parisinas ocultan su existencia.

—Buenos días, señor Derville —dijo ella, continuando a dar de beber café al mono.

—Señora —dijo él bruscamente, pues le chocó el tono ligero con el que la condesa le había dicho «Buenos días, señor Derville»—, vengo a hablar con usted de un asunto bastante grave.

—Lo siento enormemente, el señor conde está ausente…

—Yo, señora, estoy encantado. Sería desolador que asistiera a nuestra conferencia. Sé, además, por Delbecq, que a usted le gusta ocuparse de sus asuntos usted misma sin molestar al señor conde.

—Entonces, voy a hacer llamar a Delbecq —dijo ella.

—Le sería inútil, a pesar de su habilidad —replicó Derville—. Escuche, señora, una palabra bastará para ponerla seria. El conde Chabert existe.

—¿Es diciendo semejantes bufonadas como quiere ponerme seria? —dijo ella, soltando una carcajada.

Pero la condesa fue de repente domada por la extraña lucidez de la mirada fija con la que Derville la interrogaba, pareciendo leer en el fondo de su

alma.

—Señora —respondió él con una gravedad fría y penetrante—, ignora usted el alcance de los peligros que la amenazan. No le hablaré de la incontestable autenticidad de los documentos, ni de la certeza de las pruebas que atestiguan la existencia del conde Chabert. No soy hombre de encargarme de una mala causa, usted lo sabe. Si se opone a nuestra querella de falsedad contra el acta de defunción, perderá este primer pleito, y esta cuestión resuelta a nuestro favor nos hace ganar todos los demás.

—¿De qué pretende hablarme, entonces?

—Ni del coronel, ni de usted. Tampoco le hablaré de los memoriales que podrían redactar abogados ingeniosos, armados con los curiosos hechos de esta causa, y del partido que sacarían de las cartas que usted recibió de su primer marido antes de la celebración de su matrimonio con el segundo.

—¡Eso es falso! —dijo ella con toda la violencia de una petimetra—. Jamás he recibido carta alguna del conde Chabert; y si alguien se hace llamar el coronel, no puede ser más que un intrigante, algún presidiario liberado, como Cogniard quizás. Da escalofríos solo de pensarlo. ¿Puede resucitar el coronel, señor? Bonaparte me hizo felicitar por su muerte por un edecán, y todavía hoy cobro tres mil francos de pensión concedida a su viuda por las Cámaras. He tenido mil veces razón en rechazar a todos los Chabert que han venido, como rechazaré a todos los que vengan.

—Afortunadamente estamos solos, señora. Podemos mentir a nuestras anchas —dijo él fríamente, divirtiéndose en aguijonear la cólera que agitaba a la condesa para arrancarle algunas indiscreciones, mediante una maniobra familiar a los procuradores, habituados a permanecer tranquilos cuando sus adversarios o sus clientes se exaltan.

—Pues bien, entre nosotros dos —se dijo para sus adentros, imaginando al instante una trampa para demostrarle su debilidad—. La prueba de la entrega de la primera carta existe, señora —prosiguió en voz alta—, contenía valores…

—¡Oh! En cuanto a valores, no contenía ninguno.

—Así que recibió usted esa primera carta —replicó Derville sonriendo —. Ya ha caído en la primera trampa que le tiende un procurador, ¿y cree poder luchar con la justicia…?

La condesa enrojeció, palideció, se ocultó el rostro entre las manos. Luego, se sacudió la vergüenza y replicó con la sangre fría natural en este tipo de mujeres: —Puesto que es usted el procurador del pretendido Chabert, hágame el favor de…

—Señora —dijo Derville interrumpiéndola—, en este momento soy todavía tanto su procurador como el del coronel. ¿Cree usted que quiero perder una clientela tan preciosa como la suya? Pero no me escucha…

—Hable, señor —dijo ella graciosamente.

—Su fortuna le venía del señor conde Chabert y usted lo ha rechazado. Su fortuna es colosal y usted lo deja mendigar. Señora, los abogados son muy elocuentes cuando las causas son elocuentes por sí mismas. Aquí se dan circunstancias capaces de levantar contra usted a la opinión pública.

—Pero, señor —dijo la condesa, impacientada por la manera en que Derville la volteaba y revolvía en la parrilla—, admitiendo que su señor Chabert exista, los tribunales mantendrán mi segundo matrimonio a causa de los hijos, y me libraré devolviendo doscientos veinticinco mil francos al señor Chabert.

—Señora, no sabemos de qué lado verán los tribunales la cuestión sentimental. Si, por una parte, tenemos una madre y sus hijos, tenemos por la otra a un hombre abrumado por las desgracias, envejecido por usted, por sus negativas. ¿Dónde encontrará una mujer? Además, ¿pueden los jueces contravenir la ley? Su matrimonio con el coronel tiene a su favor el derecho, la prioridad. Pero si usted es presentada bajo colores odiosos, podría tener un adversario con el que no cuenta. Ahí, señora, está ese peligro del que quisiera preservarla.

—¡Un nuevo adversario! —dijo ella—. ¿Quién?

—El señor conde Ferraud, señora.

—El señor Ferraud siente por mí un apego demasiado vivo y, por la madre de sus hijos, un respeto demasiado grande…

—No hable de esas simplezas —dijo Derville interrumpiéndola— a procuradores habituados a leer en el fondo de los corazones. En este momento, el señor Ferraud no tiene el menor deseo de romper su matrimonio y estoy persuadido de que la adora; pero si alguien viniera a decirle que su

matrimonio puede ser anulado, que su mujer será llevada como criminal ante el tribunal de la opinión pública…

—¡Él me defendería, señor!

—No, señora.

—¿Qué razón tendría para abandonarme, señor?

—Pues la de casarse con la hija única de un par de Francia, cuya dignidad de par le sería transmitida por ordenanza del Rey…

La condesa palideció.

—¡Ahí estamos! —se dijo Derville para sus adentros—. Bien, te tengo, el asunto del pobre coronel está ganado. —Además, señora —prosiguió en voz alta—, tendría tantos menos remordimientos cuanto que un hombre cubierto de gloria, general, conde, gran oficial de la Legión de Honor, no sería una mala alternativa; y si ese hombre le reclama a su mujer…

—¡Basta! ¡Basta, señor! —dijo ella—. No tendré jamás otro procurador que usted. ¿Qué hacer?

—¡Transigir! —dijo Derville.

—¿Me ama todavía? —dijo ella.

—Pues no creo que pueda ser de otro modo.

A esta palabra, la condesa irguió la cabeza. Un relámpago de esperanza brilló en sus ojos; contaba quizás con especular sobre la ternura de su primer marido para ganar su pleito con alguna artimaña de mujer.

—Esperaré sus órdenes, señora, para saber si debo notificarle nuestros documentos, o si quiere usted venir a mi despacho para fijar las bases de una transacción —dijo Derville, saludando a la condesa.

Ocho días después de las dos visitas que Derville había hecho, y en una hermosa mañana del mes de junio, los esposos, desunidos por un azar casi sobrenatural, partieron de los dos puntos más opuestos de París para 1 venir a encontrarse en el bufete de su procurador común. Los adelantos que Derville hizo generosamente al coronel Chabert le habían permitido vestir con arreglo a su rango. El difunto llegó, pues, transportado en un cabriolé muy limpio. Llevaba la cabeza cubierta con una peluca apropiada a su

fisonomía, iba vestido de paño azul, con ropa blanca, y portaba bajo su chaleco la banda roja de los grandes oficiales de la Legión de Honor. Al retomar las costumbres de la holgura, había recobrado su antigua elegancia marcial. Se mantenía erguido. Su rostro, grave y misterioso, donde se pintaban la felicidad y todas sus esperanzas, parecía rejuvenecido y más lleno, por tomar prestada de la pintura una de sus expresiones más pintorescas. No se parecía más al Chabert del viejo carrick que lo que una gorda perra chica se parece a una moneda de cuarenta francos recién acuñada. Al verlo, los transeúntes habrían reconocido fácilmente en él uno de esos hermosos despojos de nuestro antiguo ejército, uno de esos hombres heroicos sobre los que se refleja nuestra gloria nacional, y que la representan como un trozo de cristal iluminado por el sol parece reflejar todos sus rayos. Estos viejos soldados son a la vez cuadros y libros. Cuando el conde descendió de su vehículo para subir a casa de Derville, saltó ligeramente como podría haberlo hecho un joven. Apenas había dado la vuelta su cabriolé, cuando llegó un bonito cupé blasonado. La señora condesa Ferraud salió de él con un atuendo sencillo, pero hábilmente calculado para mostrar la juventud de su talle. Llevaba una bonita capota forrada de rosa que enmarcaba perfectamente su rostro, disimulaba sus contornos y lo reavivaba.

Si los clientes habían rejuvenecido, el bufete había permanecido igual que siempre, y ofrecía entonces el cuadro con cuya descripción comenzó esta historia. Simonnin desayunaba, con el hombro apoyado en la ventana que entonces estaba abierta, y miraba el azul del cielo por la abertura de aquel patio rodeado por cuatro cuerpos de edificios negros.

—¡Ja! —exclamó el pequeño pasante—. ¿Quién quiere apostar un espectáculo a que el coronel Chabert es general y cordón rojo?

—El jefe es un brujo de los buenos —dijo Godeschal.

—¿Así que no hay ninguna broma que gastarle esta vez? —preguntó Desroches.

—¡De eso se encarga su mujer, la condesa Ferraud! —dijo Boucard.

—Vamos —dijo Godeschal—, ¿la condesa Ferraud estaría entonces obligada a estar en dos…

—¡Ahí está! —dijo Simonnin.

En ese momento, el coronel entró y preguntó por Derville.

—Está en su despacho, señor conde —dijo Simonnin.

—¿Así que no eres sordo, bribonzuelo? —dijo Chabert, cogiendo al saltarroyos por la oreja y retorciéndosela para satisfacción de los pasantes, que se echaron a reír y miraron al coronel con la curiosa consideración debida a tan singular personaje.

El conde Chabert estaba en el despacho de Derville en el momento en que su mujer entraba por la puerta del bufete.

—Oye, Boucard, ¡se va a montar una escena singular en el despacho del jefe! ¡Ahí tienes una mujer que puede ir los días pares a casa del conde Ferraud y los días impares a casa del conde Chabert!

—En los años bisiestos —dijo Godeschal—, el conde se apunta.

—¡Callaos ya, señores! Se os puede oír —dijo severamente Boucard—. Nunca he visto un bufete donde se bromeara, como lo hacéis vosotros, sobre los clientes.

Derville había hecho pasar al coronel a su dormitorio cuando la condesa se presentó.

—Señora —le dijo—, no sabiendo si le sería agradable ver al señor conde Chabert, los he separado. Si, no obstante, usted deseara…

—Señor, es una atención que le agradezco.

—He preparado la minuta de un acuerdo cuyas condiciones podrán ser discutidas por usted y por el señor Chabert, en esta misma sesión. Iré alternativamente de usted a él, para presentarles, a uno y a otro, sus respectivas razones.

—Veamos, señor —dijo la condesa, dejando escapar un gesto de impaciencia.

Derville leyó:

«Entre los abajo firmantes,

»Don Hyacinthe, llamado Chabert, conde, mariscal de campo y gran oficial de la Legión de Honor, con domicilio en París, rue du Petit-Banquier, por una parte;

»Y la dama Rose Chapotel, esposa del señor conde Chabert, arriba nombrado, de soltera…»

—Sálteselo —dijo ella—, dejemos los preámbulos, vayamos a las condiciones.

—Señora —dijo el procurador—, el preámbulo explica sucintamente la posición en la que se encuentran uno y otro. Luego, por el artículo primero, usted reconoce en presencia de tres testigos, que son dos notarios y el lechero en cuya casa ha vivido su marido, a quienes he confiado su asunto bajo secreto, y que guardarán el más profundo silencio; reconoce usted, digo, que el individuo designado en los documentos adjuntos al contrato privado, pero cuya identidad queda además establecida por un acta de notoriedad preparada en la notaría de Alexandre Crottat, su notario, es el conde Chabert, su primer esposo. Por el artículo segundo, el conde Chabert, en interés de la felicidad de usted, se compromete a no hacer uso de sus derechos más que en los casos previstos por el propio acuerdo. —Y esos casos —dijo Derville, haciendo una especie de paréntesis—, no son otros que el incumplimiento de las cláusulas de esta convención secreta. Por su parte —prosiguió—, el señor Chabert consiente en tramitar de mutuo acuerdo con usted una sentencia que anulará su acta de defunción y pronunciará la disolución de su matrimonio.

—Eso no me conviene en absoluto —dijo la condesa, asombrada—. No quiero ningún proceso. Usted sabe por qué.

—Por el artículo tercero —dijo el procurador, continuando con una flema imperturbable—, usted se compromete a constituir a nombre de Hyacinthe, conde Chabert, una renta vitalicia de veinticuatro mil francos, inscrita en el gran libro de la deuda pública, pero cuyo capital le será devuelto a la muerte de él…

—Pero es demasiado caro —dijo la condesa.

—¿Puede usted llegar a un acuerdo más barato?

—Quizás.

—¿Qué quiere usted, entonces, señora?

—Quiero, no quiero un proceso, quiero…

—Que él permanezca muerto —dijo vivamente Derville, interrumpiéndola.

—Señor —dijo la condesa—, si hacen falta veinticuatro mil libras de renta, pleitearemos…

—¡Sí, pleitearemos! —exclamó con voz sorda el coronel, que abrió la puerta y apareció de repente ante su mujer, con una mano en el chaleco y la otra extendida hacia el suelo, un gesto al que el recuerdo de su aventura daba una energía horrible.

«Es él», se dijo la condesa para sus adentros.

—¡Demasiado caro! —replicó el viejo soldado—. Le he dado cerca de un millón, y usted regatea mi desgracia. ¡Pues bien, ahora la quiero a usted y a su fortuna! Estamos en régimen de bienes gananciales, nuestro matrimonio no ha cesado…

—Pero, señor, este no es el coronel Chabert —exclamó la condesa, fingiendo sorpresa.

—¡Ah! —dijo el anciano con un tono profundamente irónico—. ¿Quiere usted pruebas? La saqué del Palais-Royal…

La condesa palideció. Al verla palidecer bajo el colorete, el viejo soldado, conmovido por el vivo sufrimiento que imponía a una mujer antaño amada con ardor, se detuvo; pero recibió de ella una mirada tan venenosa que replicó de repente: —Usted estaba en casa de la…

—Por favor, señor —dijo la condesa al procurador—, permítame que me retire. No he venido aquí para oír semejantes horrores.

Se levantó y salió. Derville se precipitó al bufete. La condesa había encontrado alas y había salido como volando. Al regresar a su despacho, el procurador encontró al coronel en un violento acceso de rabia, paseándose a grandes zancadas.

—En aquel tiempo, cada uno tomaba a su mujer de donde quería —decía —; pero me equivoqué al elegirla mal, al fiarme de las apariencias. No tiene corazón.

—Y bien, coronel, ¿no tenía yo razón al rogarle que no viniera? Ahora estoy seguro de su identidad. Cuando usted apareció, la condesa hizo un

movimiento cuyo pensamiento no era equívoco. ¡Pero ha perdido usted su pleito, su mujer sabe que es usted irreconocible!

—La mataré…

—¡Locura! Lo cogerán y lo guillotinarán como a un miserable. Además, ¡quizás falle el golpe! Eso sería imperdonable, uno nunca debe fallar a su mujer cuando quiere matarla. ¡Deje que yo repare sus tonterías, gran niño! Váyase. Tenga cuidado, ella sería capaz de hacerle caer en alguna trampa y encerrarlo en Charenton. Voy a notificarle nuestros documentos para protegerlo de cualquier sorpresa.

El pobre coronel obedeció a su joven benefactor y salió balbuceando excusas. Descendía lentamente los peldaños de la escalera negra, perdido en sombríos pensamientos, abrumado quizás por el golpe que acababa de recibir, el más cruel para él, el que más profundamente se había hundido en su corazón, cuando, al llegar al último rellano, oyó el roce de un vestido, y apareció su mujer.

—Venga, señor —le dijo ella, tomándole el brazo con un movimiento semejante a los que le eran familiares antaño.

La acción de la condesa, el acento de su voz que había vuelto a ser graciosa, bastaron para calmar la cólera del coronel, que se dejó llevar hasta el coche.

—¡Pues bien, suba! —le dijo la condesa cuando el lacayo hubo terminado de desplegar el estribo.

Y se encontró, como por encanto, sentado junto a su mujer en el cupé.

—¿A dónde va la señora? —preguntó el lacayo.

—A Groslay —dijo ella.

Los caballos partieron y atravesaron todo París.

—¡Señor! —dijo la condesa al coronel con un tono de voz que revelaba una de esas emociones raras en la vida, por las cuales todo en nosotros se agita.

En esos momentos, corazón, fibras, nervios, fisonomía, alma y cuerpo, todo, hasta cada poro, se estremece. La vida parece no estar ya en nosotros; sale y brota, se comunica como un contagio, se transmite por la mirada, por

el acento de la voz, por el gesto, imponiendo nuestra voluntad a los demás. El viejo soldado se estremeció al oír esa sola palabra, esa primera, esa terrible: «¡Señor!». Pero es que era a la vez un reproche, una plegaria, un perdón, una esperanza, una desesperación, una interrogación, una respuesta. Esa palabra lo comprendía todo. Hacía falta ser comedianta para lanzar tanta elocuencia, tantos sentimientos en una palabra. Lo verdadero no es tan completo en su expresión, no lo saca todo afuera, deja ver todo lo que hay dentro. El coronel sintió mil remordimientos por sus sospechas, sus exigencias, su cólera, y bajó los ojos para no dejar adivinar su turbación.

—Señor —prosiguió la condesa tras una pausa imperceptible—, ¡lo he reconocido perfectamente!

—Rosine —dijo el viejo soldado—, esa palabra contiene el único bálsamo que podría hacerme olvidar mis desgracias.

Dos gruesas lágrimas rodaron, aún calientes, sobre las manos de su mujer, que él apretó para expresar una ternura paternal.

—Señor —replicó ella—, ¡cómo no ha adivinado usted que me costaba horriblemente aparecer ante un extraño en una posición tan falsa como la mía! Si he de sonrojarme por mi situación, que al menos sea solo en familia. ¿No debía este secreto permanecer sepultado en nuestros corazones? Me absolverá usted, espero, de mi indiferencia aparente por las desgracias de un Chabert en cuya existencia no debía yo creer. Recibí sus cartas —dijo vivamente, leyendo en los rasgos de su marido la objeción que en ellos se expresaba—, pero me llegaron trece meses después de la batalla de Eylau; estaban abiertas, sucias, la escritura era irreconocible, y tuve que creer, después de haber obtenido la firma de Napoleón en mi nuevo contrato de matrimonio, que un hábil intrigante quería burlarse de mí. Para no perturbar el reposo del señor conde Ferraud y no alterar los lazos de la familia, tuve pues que tomar precauciones contra un falso Chabert. ¿No tenía yo razón, dígame?

—Sí, has tenido razón, soy yo el que es un necio, un animal, una bestia, por no haber sabido calcular mejor las consecuencias de una situación semejante. Pero, ¿a dónde vamos? —dijo el coronel, al verse en la barrera de La Chapelle.

—A mi casa de campo, cerca de Groslay, en el valle de Montmorency. Allí, señor, reflexionaremos juntos sobre el partido que debemos tomar. Conozco mis deberes. Si soy suya en derecho, ya no le pertenezco de hecho. ¿Puede usted desear que nos convirtamos en la comidilla de todo París? No instruyamos al público sobre esta situación que para mí presenta un lado ridículo, y sepamos guardar nuestra dignidad. Usted me ama todavía —prosiguió, lanzando al coronel una mirada triste y dulce—; pero yo, ¿no he sido autorizada a formar otros lazos? En esta singular posición, una voz secreta me dice que espere en su bondad, que me es tan conocida. ¿Me equivocaría, pues, al tomarlo a usted como solo y único árbitro de mi suerte? Sea usted juez y parte. Me confío a la nobleza de su carácter. Tendrá la generosidad de perdonarme los resultados de faltas inocentes. Se lo confesaré, pues: amo al señor Ferraud. Me creí con derecho a amarlo. No me sonrojo de esta confesión ante usted; si lo ofende, no nos deshonra. No puedo ocultarle los hechos. Cuando el azar me dejó viuda, yo no era madre.

El coronel hizo un gesto con la mano a su mujer para imponerle silencio, y permanecieron sin proferir una sola palabra durante media legua. Chabert creía ver a los dos niños pequeños ante él.

—¡Rosine!

—¿Señor?

—¿Tan equivocados están los muertos en volver?

—¡Oh, señor, no, no! No me crea ingrata. Solamente, usted encuentra una amante, una madre, donde había dejado una esposa. Si ya no está en mi poder amarlo, sé todo lo que le debo y puedo ofrecerle todavía todos los afectos de una hija.

—Rosine —replicó el anciano con voz dulce—, ya no tengo ningún resentimiento contra ti. Lo olvidaremos todo —añadió con una de esas sonrisas cuya gracia es siempre el reflejo de un alma bella—. No soy tan poco delicado como para exigir las apariencias del amor en una mujer que ya no ama.

La condesa le lanzó una mirada impregnada de tal gratitud, que el pobre Chabert habría querido volver a su fosa de Eylau. Ciertos hombres tienen un alma lo bastante fuerte para tales abnegaciones, cuya recompensa se en-

cuentra para ellos en la certeza de haber hecho la felicidad de una persona amada.

—Amigo mío, hablaremos de todo esto más tarde y con el corazón en calma —dijo la condesa.

La conversación tomó otro rumbo, pues era imposible continuarla mucho tiempo sobre ese tema. Aunque los dos esposos volvían a menudo a su extraña situación, ya fuera con alusiones, ya seriamente, hicieron un viaje encantador, recordando los acontecimientos de su unión pasada y las cosas del Imperio. La condesa supo imprimir un encanto dulce a estos recuerdos y esparció en la conversación un tinte de melancolía necesario para mantener la gravedad. Hacía revivir el amor sin excitar ningún deseo, y dejaba entrever a su primer esposo todas las riquezas morales que había adquirido, tratando de acostumbrarlo a la idea de restringir su felicidad a los solos goces que prueba un padre junto a una hija querida. El coronel había conocido a la condesa del Imperio, ahora veía a una condesa de la Restauración. Finalmente, los dos esposos llegaron por un camino secundario a un gran parque situado en el pequeño valle que separa las alturas de Margency del bonito pueblo de Groslay. La condesa poseía allí una deliciosa casa donde el coronel vio, al llegar, todos los preparativos que requerían su estancia y la de su mujer. La desgracia es una especie de talismán cuya virtud consiste en corroborar nuestra constitución primitiva: aumenta la desconfianza y la maldad en ciertos hombres, como acrecienta la bondad de aquellos que tienen un corazón excelente. La desdicha había vuelto al coronel aún más compasivo y mejor de lo que había sido, por lo que podía iniciarse en el secreto de los sufrimientos femeninos que son desconocidos para la mayoría de los hombres. No obstante, a pesar de su poca desconfianza, no pudo evitar decirle a su mujer:

—¿Tan segura estaba usted de traerme aquí?

—Sí —respondió ella—, si encontraba al coronel Chabert en el litigante.

El aire de verdad que supo poner en esta respuesta disipó las ligeras sospechas que al coronel le dio vergüenza haber concebido. Durante tres días la condesa fue admirable con su primer marido. Con tiernos cuidados y con su constante dulzura parecía querer borrar el recuerdo de los sufrimientos que él había padecido, hacerse perdonar las desgracias que, según sus confesiones, había causado inocentemente; se complacía en desplegar para

él, mientras le dejaba percibir una suerte de melancolía, los encantos a los que sabía que él era débil; pues somos más particularmente accesibles a ciertas maneras, a ciertas gracias de corazón o de espíritu a las que no resistimos; quería interesarlo en su situación y enternecerlo lo suficiente para apoderarse de su espíritu y disponer soberanamente de él. Decidida a todo para llegar a sus fines, no sabía todavía qué debía hacer con este hombre, pero ciertamente quería aniquilarlo socialmente. La noche del tercer día sintió que, a pesar de sus esfuerzos, no podía ocultar las inquietudes que le causaba el resultado de sus maniobras. Para encontrarse un momento a gusto, subió a su habitación, se sentó en su escritorio, se quitó la máscara de tranquilidad que conservaba ante el conde Chabert, como una actriz que, volviendo cansada a su camerino después de un quinto acto penoso, cae medio muerta y deja en la sala una imagen de sí misma a la que ya no se parece. Se puso a terminar una carta comenzada que escribía a Delbecq, a quien le decía que fuera, en su nombre, a pedir a casa de Derville comunicación de las actas que concernían al coronel Chabert, que las copiara y que viniera a verla enseguida a Groslay. Apenas había terminado, cuando oyó en el pasillo el ruido de los pasos del coronel, que, todo inquieto, venía a buscarla.

—¡Ay! —dijo en voz alta—, ¡quisiera estar muerta! Mi situación es intolerable…

—¡Vaya! ¿Qué le ocurre? —preguntó el buen hombre.

—Nada, nada —dijo ella.

Se levantó, dejó al coronel y bajó para hablar sin testigos con su doncella, a la que hizo partir para París, recomendándole que entregara ella misma a Delbecq la carta que acababa de escribir, y que se la trajera de vuelta en cuanto él la hubiera leído. Luego la condesa fue a sentarse en un banco donde estaba lo bastante a la vista para que el coronel viniera a encontrarla en cuanto quisiera. El coronel, que ya buscaba a su mujer, acudió y se sentó junto a ella.

—Rosine —le dijo—, ¿qué tienes?

Ella no respondió. La tarde era una de esas tardes magníficas y tranquilas cuyas secretas armonías derraman, en el mes de junio, tanta suavidad en las puestas de sol. El aire era puro y el silencio profundo, de modo que se

podían oír en la lejanía del parque las voces de algunos niños que añadían una suerte de melodía a la sublimidad del paisaje.

—¿No me respondes? —preguntó el coronel a su mujer.

—Mi marido… —dijo la condesa, que se detuvo, hizo un movimiento y se interrumpió para preguntarle, sonrojándose—: ¿Cómo diré al hablar del señor conde Ferraud?

—Llámalo tu marido, mi pobre niña —respondió el coronel con un acento de bondad—, ¿no es el padre de tus hijos?

—¡Pues bien! —prosiguió ella—, si el señor me pregunta qué he venido a hacer aquí, si se entera de que me he encerrado con un desconocido, ¿qué le diré? Escuche, señor —replicó, adoptando una actitud llena de dignidad —, decida usted mi suerte, estoy resignada a todo…

—Querida mía —dijo el coronel, apoderándose de las manos de su mujer —, he resuelto sacrificarme por completo a vuestra felicidad…

—¡Eso es imposible! —exclamó ella, dejando escapar un movimiento convulsivo—. ¡Piense que entonces debería usted renunciar a sí mismo y de una manera auténtica!

—¿Cómo? —dijo el coronel—, ¿mi palabra no le basta?

La palabra auténtica cayó sobre el corazón del anciano y despertó en él desconfianzas involuntarias. Lanzó sobre su mujer una mirada que la hizo sonrojar, ella bajó los ojos, y él tuvo miedo de verse obligado a despreciarla. La condesa temía haber asustado el salvaje pudor, la severa probidad de un hombre cuyo carácter generoso, cuyas virtudes primitivas le eran conocidas. Aunque estas ideas habían esparcido algunas nubes sobre sus frentes, la buena armonía se restableció enseguida entre ellos. He aquí cómo. Un grito de niño resonó a lo lejos.

—¡Jules, deja tranquila a tu hermana! —exclamó la condesa.

—¿Cómo, vuestros hijos están aquí? —dijo el coronel.

—Sí, pero les he prohibido que os molesten.

El viejo soldado comprendió la delicadeza, el tacto de mujer encerrado en este proceder tan gracioso, y tomó la mano de la condesa para besarla.

—Pues que vengan —dijo él.

La niñita acudía para quejarse de su hermano.

—¡Mamá!

—¡Mamá!

—Ha sido él…

—Ha sido ella…

Las manos estaban extendidas hacia la madre, y las dos voces infantiles se mezclaban. ¡Fue un cuadro súbito y delicioso!

—¡Pobres niños! —exclamó la condesa, sin poder ya retener las lágrimas —, habrá que dejarlos; ¿a quién los dará la sentencia? Un corazón de madre no se comparte, ¡los quiero yo!

—¿Es usted quien hace llorar a mamá? —dijo Jules, lanzando una mirada de cólera al coronel.

—¡Cállate, Jules! —exclamó la madre con aire imperioso.

Los dos niños permanecieron de pie y silenciosos, examinando a su madre y al extranjero con una curiosidad que es imposible expresar con palabras.

—¡Oh, sí! —prosiguió ella—, si me separan del conde, que me dejen a los niños, y me someteré a todo…

Fue una palabra decisiva que obtuvo todo el éxito que ella había esperado.

—Sí —exclamó el coronel, como si terminara una frase mentalmente comenzada—, debo volver bajo tierra. Ya me lo he dicho.

—¿Puedo aceptar tal sacrificio? —respondió la condesa—. Si algunos hombres han muerto para salvar el honor de su amada, solo han dado su vida una vez. ¡Pero aquí usted daría su vida todos los días! No, no, eso es imposible. Si solo se tratara de vuestra existencia, no sería nada; ¡pero firmar que no sois el coronel Chabert, reconocer que sois un impostor, entregar vuestro honor, cometer una mentira a todas horas del día, la abnegación humana no puede llegar hasta ahí! ¡Piénselo! No. Sin mis pobres hijos, ya me habría fugado con vos al fin del mundo…

—Pero —replicó Chabert—, ¿no puedo vivir aquí, en vuestro pequeño pabellón, como uno de vuestros parientes? Estoy gastado como un cañón de desecho, solo necesito un poco de tabaco y el Constitutionnel .

La condesa rompió a llorar. Hubo entre la condesa Ferraud y el coronel Chabert un combate de generosidad del que el soldado salió vencedor. Una noche, al ver a esta madre en medio de sus hijos, el soldado fue seducido por las conmovedoras gracias de un cuadro de familia, en el campo, en la sombra y el silencio; tomó la resolución de permanecer muerto, y, sin asustarse ya de la autenticidad de un acta, preguntó cómo había que proceder para asegurar irrevocablemente la felicidad de esta familia.

—¡Haga como quiera! —le respondió la condesa—. Le declaro que no me mezclaré en nada de este asunto. No debo hacerlo.

Delbecq había llegado desde hacía algunos días y, siguiendo las instrucciones verbales de la condesa, el intendente había sabido ganarse la confianza del viejo militar. A la mañana siguiente, pues, el coronel Chabert partió con el antiguo procurador hacia Saint-Leu-Taverny, donde Delbecq había hecho preparar en la notaría un acta concebida en términos tan crudos que el coronel salió bruscamente del despacho después de haber oído su lectura.

—¡Mil truenos! ¡Sería yo un buen payaso! ¡Pero pasaría por un falsario! —exclamó.

—Señor —le dijo Delbecq—, no le aconsejo que firme demasiado deprisa. En su lugar, yo sacaría al menos treinta mil libras de renta de ese pleito, porque la señora los daría.

Después de haber fulminado a este bribón emérito con la luminosa mirada del hombre honrado indignado, el coronel huyó, arrastrado por mil sentimientos contrarios. Volvió a ser desconfiado, se indignó, se calmó por turnos. Finalmente, entró en el parque de Groslay por la brecha de un muro, y vino a paso lento a descansar y a reflexionar a sus anchas en un gabinete practicado bajo un quiosco desde donde se descubría el camino de Saint-Leu. El sendero, al estar cubierto con esa especie de tierra amarillenta con la que se reemplaza la grava de río, la condesa, que estaba sentada en el pequeño salón de esta especie de pabellón, no oyó al coronel, pues estaba demasiado preocupada por el éxito de su asunto para prestar la menor aten-

ción al ligero ruido que hizo su marido. El viejo soldado tampoco vio a su mujer encima de él en el pequeño pabellón. 1

—Y bien, señor Delbecq, ¿ha firmado? —preguntó la condesa a su intendente, al que vio solo en el camino por encima del seto de un foso.

—No, señora. Ni siquiera sé qué ha sido de nuestro hombre. El viejo caballo se ha encabritado.

—Habrá que acabar metiéndolo en Charenton —dijo ella—, ya que lo tenemos.

El coronel, que reencontró la elasticidad de la juventud para franquear el foso, estuvo en un abrir y cerrar de ojos ante el intendente, al que aplicó el más hermoso par de bofetadas que jamás hayan recibido las dos mejillas de un procurador.

—Añade que los viejos caballos saben cocear —le dijo.

Disipada esta cólera, el coronel ya no se sintió con fuerzas para saltar el foso. La verdad se había mostrado en su desnudez. La palabra de la condesa y la respuesta de Delbecq habían desvelado el complot del que iba a ser víctima. Los cuidados que le habían sido prodigados eran un cebo para atraparlo en una trampa. Esta palabra fue como una gota de algún veneno sutil que determinó en el viejo soldado el regreso de sus dolores físicos y morales. Volvió hacia el quiosco por la puerta del parque, caminando lentamente, como un hombre hundido. ¡Así pues, ni paz ni tregua para él! Desde ese momento había que comenzar con esta mujer la guerra odiosa de la que le había hablado Derville, entrar en una vida de procesos, alimentarse de hiel, beber cada mañana un cáliz de amargura. Luego, pensamiento terrible, ¿dónde encontrar el dinero necesario para pagar las costas de las primeras instancias? Le entró un asco tan grande de la vida, que si hubiera habido agua cerca de él se habría arrojado a ella, que si hubiera tenido pistolas se habría saltado los sesos. Luego volvió a caer en la incertidumbre de ideas que, desde su conversación con Derville en casa del lechero, había cambiado su moral. Finalmente, llegado ante el quiosco, subió al gabinete aéreo cuyos rosetones de cristal ofrecían la vista de cada una de las encantadoras perspectivas del valle, y donde encontró a su mujer sentada en una silla. La condesa examinaba el paisaje y guardaba un continente lleno de calma, mostrando esa fisonomía impenetrable que saben adoptar las mujeres deci-

didas a todo. Se secó los ojos como si hubiera derramado lágrimas, y jugó con un gesto distraído con la larga cinta rosa de su cinturón. No obstante, a pesar de su seguridad aparente, no pudo evitar estremecerse al ver ante ella a su venerable benefactor, de pie, con los brazos cruzados, el rostro pálido, la frente severa.

—Señora —dijo él después de haberla mirado fijamente durante un momento y haberla forzado a sonrojar—, señora, no la maldigo, la desprecio. Ahora, agradezco al azar que nos haya desunido. No siento siquiera un deseo de venganza, ya no la amo. No quiero nada de usted. Viva tranquila en la fe de mi palabra, vale más que los garabatos de todos los notarios de París. No reclamaré jamás el nombre que quizás he ilustrado. Ya no soy más que un pobre diablo llamado Hyacinthe, que no pide más que su lugar al sol. Adiós…

La condesa se arrojó a los pies del coronel y quiso retenerlo tomándole las manos, pero él la rechazó con asco, diciéndole: —No me toque.

La condesa hizo un gesto intraducible cuando oyó el ruido de los pasos de su marido. Luego, con la profunda perspicacia que da una alta perversidad o el feroz egoísmo del mundo, creyó poder vivir en paz con la promesa y el desprecio de este leal soldado.

Chabert desapareció en efecto. El lechero quebró y se convirtió en cochero de cabriolé. Quizás el coronel se dedicó al principio a alguna industria del mismo género. Quizás, semejante a una piedra lanzada a un abismo, fue, de cascada en cascada, a hundirse en ese fango de harapos que abunda por las calles de París.

Seis meses después de este acontecimiento, Derville, que no oía hablar ni del coronel Chabert ni de la condesa Ferraud, pensó que sin duda había sobrevenido entre ellos una transacción que, por venganza, la condesa había hecho redactar en otro bufete. Entonces, una mañana, calculó las sumas adelantadas a dicho Chabert, añadió las costas, y rogó a la condesa Ferraud que reclamara al señor conde Chabert el importe de esta minuta, presumiendo que ella sabía dónde se encontraba su primer marido.

Al día siguiente mismo, el intendente del conde Ferraud, recientemente nombrado Presidente del Tribunal de Primera Instancia en una ciudad importante, escribió a Derville esta desoladora nota:

«Señor:

»La señora condesa Ferraud me encarga prevenirle que su cliente había abusado completamente de la confianza de usted, y que el individuo que decía ser el conde Chabert ha reconocido haber usurpado indebidamente falsas cualidades.

»Reciba, etc.

»Delbecq.»

—Se topa uno con gente que es también, a fe mía, demasiado tonta. ¡Les han robado el bautismo! —exclamó Derville—. ¡Sea usted humano, generoso, filántropo y procurador, y se la dan con queso! He aquí un asunto que me cuesta más de dos billetes de mil francos.

Algún tiempo después de la recepción de esta carta, Derville buscaba en el Palacio a un abogado con el que quería hablar, y que pleiteaba en el Tribunal Correccional. Quiso el azar que Derville entrara en la sexta Sala en el momento en que el Presidente condenaba por vagabundo al llamado Hyacinthe a dos meses de prisión, y ordenaba que fuera luego conducido al depósito de mendicidad de Saint-Denis, sentencia que, según la jurisprudencia de los prefectos de policía, equivale a una detención perpetua. Al oír el nombre de Hyacinthe, Derville miró al delincuente sentado entre dos gendarmes en el banquillo de los acusados, y reconoció, en la persona del condenado, a su falso coronel Chabert. El viejo soldado estaba tranquilo, inmóvil, casi distraído. A pesar de sus harapos, a pesar de la miseria impresa en su fisonomía, esta denotaba una noble fiereza. Su mirada tenía una expresión de estoicismo que un magistrado no habría debido desconocer; pero, en cuanto un hombre cae en manos de la justicia, ya no es más que un ser moral, una cuestión de Derecho o de Hecho, como a los ojos de los estadísticos se convierte en una cifra. Cuando el soldado fue conducido de nuevo a la Secretaría judicial para ser llevado más tarde con la hornada de vagabundos que se juzgaba en ese momento, Derville usó del derecho que tienen los procuradores de entrar por doquier en el Palacio, lo acompañó a la Secretaría y lo contempló allí durante unos instantes, así como a los curiosos mendigos entre los que se encontraba. La antesala de la Secretaría ofrecía entonces uno de esos espectáculos que desgraciadamente ni los legisladores, ni los filántropos, ni los pintores, ni los escritores vienen a estudiar. Como todos los laboratorios de la picaresca judicial, esta antesala es una

pieza oscura y maloliente, cuyas paredes están guarnecidas de un banco de madera ennegrecido por la estancia perpetua de los desdichados que acuden a esta cita de todas las miserias sociales, y a la que ni uno solo de ellos falta. ¡Un poeta diría que al día le da vergüenza iluminar esta terrible alcantarilla por la que pasan tantas desdichas! No hay un solo lugar donde no se haya sentado algún crimen en germen o consumado; ni un solo sitio donde no se haya encontrado algún hombre que, desesperado por la ligera mancha que la justicia había impreso en su primera falta, no haya comenzado una existencia a cuyo final debía alzarse la guillotina, o detonar la pistola del suicidio. Todos los que caen sobre el pavimento de París rebotan contra estas murallas amarillentas, sobre las que un filántropo que no fuera un especulador podría descifrar la justificación de los numerosos suicidios de los que se quejan escritores hipócritas, incapaces de dar un paso para prevenirlos, y que se encuentra escrita en esta antesala, especie de prefacio para los dramas de la Morgue o para los de la plaza de Grève. En ese momento, el coronel Chabert se sentó en medio de estos hombres de rostros enérgicos, vestidos con las horribles libreas de la miseria, silenciosos por intervalos, o conversando en voz baja, pues tres gendarmes de facción se paseaban haciendo resonar sus sables sobre el suelo.

—¿Me reconoce? —dijo Derville al viejo soldado, colocándose frente a él.

—Sí, señor —respondió Chabert, levantándose.

—Si es usted un hombre honrado —replicó Derville en voz baja—, ¿cómo ha podido seguir siendo mi deudor?

El viejo soldado se sonrojó como podría hacerlo una jovencita acusada por su madre de un amor clandestino.

—¡Cómo! ¿La señora Ferraud no le ha pagado? —exclamó en voz alta.

—¡Pagar! —dijo Derville—. Me ha escrito que era usted un intrigante.

El coronel alzó los ojos con un sublime movimiento de horror e imprecación, como para apelar al cielo por este nuevo engaño.

—Señor —dijo con voz tranquila a fuerza de alteración—, obtenga de los gendarmes el favor de dejarme entrar en la Secretaría, voy a firmarle un mandato que será ciertamente pagado.

Ante una palabra dicha por Derville al brigadier, le fue permitido llevar a su cliente a la Secretaría, donde Hyacinthe escribió unas líneas dirigidas a la condesa Ferraud.

—Envíe esto a su casa —dijo el soldado—, y se le reembolsarán sus costas y sus adelantos. Crea, señor, que si no le he manifestado la gratitud que le debo por sus buenos oficios, no por ello deja de estar ahí —dijo, poniéndose la mano sobre el corazón—. Sí, está ahí, plena y entera. Pero, ¿qué pueden los desdichados? Aman, eso es todo.

—¿Cómo? —le dijo Derville—, ¿no estipuló usted para sí alguna renta?

—¡No me hable de eso! —respondió el viejo militar—. No puede usted saber hasta dónde llega mi desprecio por esta vida exterior a la que se aferra la mayoría de los hombres. Súbitamente me sobrevino una enfermedad, el asco por la humanidad. Cuando pienso que Napoleón está en Santa Elena, todo aquí abajo me es indiferente. Ya no puedo ser soldado, esa es toda mi desgracia. En fin —añadió, haciendo un gesto lleno de infantilismo—, más vale tener lujo en los sentimientos que en la ropa. Yo no temo el desprecio de nadie.

Y el coronel fue a sentarse de nuevo en su banco. Derville salió. Cuando regresó a su bufete, envió a Godeschal, entonces su segundo pasante, a casa de la condesa Ferraud, quien, a la lectura de la nota, hizo pagar inmediatamente la suma debida al procurador del conde Chabert.

En 1832, hacia finales del mes de junio, un joven procurador iba a Ris, en compañía de su predecesor. Cuando llegaron a la avenida que conduce de la carretera principal a Bicêtre, divisaron bajo uno de los olmos del camino a uno de esos viejos pobres canosos y encorvados que han obtenido el bastón de mariscal de los mendigos, viviendo en Bicêtre como las mujeres indigentes viven en la Salpêtrière. Este hombre, uno de los dos mil desdichados alojados en el Hospicio de la Vejez, estaba sentado en un mojón y parecía concentrar toda su inteligencia en una operación bien conocida de los inválidos, y que consiste en hacer secar al sol el tabaco de sus pañuelos, para evitar tener que lavarlos, quizás. Este anciano tenía una fisonomía atrayente. Iba vestido con esa bata de paño rojizo que el Hospicio concede a sus huéspedes, especie de librea horrible.

—Mira, Derville —dijo el joven a su compañero de viaje—, fíjate en ese viejo. ¿No se parece a esos grotescos que nos vienen de Alemania? ¡Y eso vive, y quizás sea feliz!

Derville tomó sus impertinentes, miró al pobre, dejó escapar un movimiento de sorpresa y dijo: —Ese viejo, querido amigo, es todo un poema o, como dicen los románticos, un drama. ¿Has coincidido alguna vez con la condesa Ferraud?

—Sí, es una mujer de ingenio y muy agradable; pero un poco demasiado devota.

—Ese viejo de Bicêtre es su marido legítimo, el conde Chabert, el antiguo coronel. Sin duda ella lo habrá hecho meter ahí. Si está en este hospicio en lugar de habitar un palacete, es únicamente por haberle recordado a la bella condesa Ferraud que la había recogido, como a un coche de alquiler, en la plaza. Todavía recuerdo la mirada de tigre que ella le lanzó en aquel momento.

Este comienzo, habiendo excitado la curiosidad del joven al que Derville había vendido recientemente su cargo, el antiguo procurador le contó la historia que precede. Dos días después, el lunes por la mañana, al regresar a París, los dos amigos echaron un vistazo a Bicêtre, y Derville propuso ir a ver al coronel Chabert. A mitad de la avenida, los dos amigos encontraron sentado en el tocón de un árbol talado al anciano, que sostenía en la mano un bastón y se entretenía en trazar rayas en la arena. Al mirarlo atentamente, se percataron de que acababa de almorzar en otro lugar que no era el establecimiento.

—Buenos días, coronel Chabert —le dijo Derville.

—¡No Chabert! ¡No Chabert! Me llamo Hyacinthe —respondió el anciano—. Ya no soy un hombre, soy el número 164, séptima sala —añadió, mirando a Derville con una ansiedad temerosa, con un temor de anciano y de niño—. ¡Vais a ver al condenado a muerte! —dijo después de un momento de silencio—. ¡Él no está casado! Es muy feliz.

—Pobre hombre —dijo Derville—. ¿Quiere dinero para comprar tabaco?

Con toda la ingenuidad de un granuja de París, el coronel tendió ávidamente la mano a cada uno de los dos desconocidos, que le dieron una moneda de veinte francos; les dio las gracias con una mirada estúpida, diciendo:

—¡Valientes soldados! —Se puso en posición de firmes, fingió apuntarles y exclamó sonriendo—: ¡Fuego de las dos piezas! ¡Viva Napoleón! —Y describió en el aire con su bastón un arabesco imaginario.

—El tipo de herida que tiene lo habrá hecho caer en la infancia —dijo Derville.

—¡Él en la infancia! —exclamó un viejo de Bicêtre que los miraba—. ¡Ah! Hay días en que no hay que pisarle los callos. Es un viejo zorro lleno de filosofía y de imaginación. Pero hoy, ¿qué queréis? Se ha tomado el lunes libre. Señor, en 1820 ya estaba aquí. Por entonces, un oficial prusiano, cuyo carruaje subía la cuesta de Villejuif, pasó a pie. Estábamos los dos, Hyacinthe y yo, al borde del camino. Este oficial conversaba al andar con otro, con un ruso, o algún animal de la misma especie, cuando al ver al anciano, el prusiano, por hacer una broma, le dijo: —Ahí va un viejo voltigeur que debía de estar en Rosbach. —Era demasiado joven para estar allí —le respondió—, pero fui lo bastante viejo para encontrarme en Jena. Y entonces el prusiano se largó, sin hacer más preguntas.

—¡Qué destino! —exclamó Derville—. Salió del hospicio de los Niños Expósitos y vuelve a morir al hospicio de la Vejez, después de haber, en el intervalo, ayudado a Napoleón a conquistar Egipto y Europa. —¿Sabes, querido amigo? —prosiguió Derville tras una pausa—, que existen en nuestra sociedad tres hombres, el Sacerdote, el Médico y el Hombre de justicia, que no pueden estimar el mundo. Llevan togas negras, quizás porque guardan luto por todas las virtudes, por todas las ilusiones. El más desdichado de los tres es el procurador. Cuando el hombre acude al sacerdote, llega empujado por el arrepentimiento, por el remordimiento, por creencias que lo vuelven interesante, que lo engrandecen, y consuelan el alma del mediador, cuya tarea no carece de una suerte de goce: purifica, repara y reconcilia. Pero nosotros, los procuradores, vemos repetirse los mismos malos sentimientos, nada los corrige, nuestros bufetes son alcantarillas que no se pueden limpiar. ¡Cuántas cosas no he aprendido ejerciendo mi cargo! ¡He visto morir a un padre en una buhardilla, sin un céntimo, abandonado por dos hijas a las que había dado cuarenta mil libras de renta! ¡He visto quemar testamentos; he visto a madres despojando a sus hijos, a maridos robando a sus mujeres, a mujeres matando a sus mariscos sirviéndose del amor que les inspiraban para volverlos locos o imbéciles, a fin de vivir en paz con un amante! He visto a mujeres inculcando al hijo de un primer lecho gustos

que debían acarrear su muerte, para enriquecer al hijo del amor. No puedo deciros todo lo que he visto, porque he visto crímenes contra los que la justicia es impotente. En fin, todos los horrores que los novelistas creen inventar están siempre por debajo de la verdad. Vos vais a conocer estas bonitas cosas; yo me voy a vivir al campo con mi mujer, París me causa horror.

París, febrero-marzo de 1832.